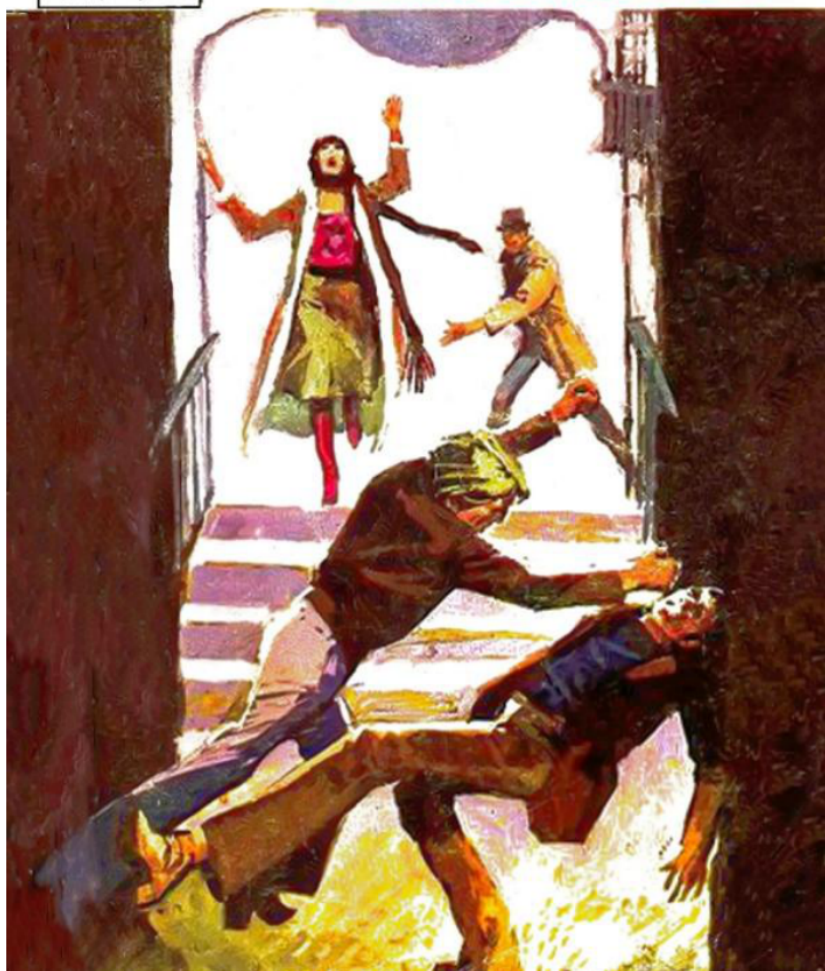


BOLSILIBROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

círculo de vicio

CLARK CARRADOS



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.485. — Pequeño capitán.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.344. — Matanza en la ciudad del vicio.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058. — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812. — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
717. — Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526. — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818. — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635. — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
66. — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
735. — Clave para matar.
- En Colección COLORADO:
973. — El rural, el bandido y la dama.

CLARK CARRADOS

CIRCULO DE VICIO

Colección PUNTO ROJO n.º 719
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-80520-X

Depósito legal: B. 16.528 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1976

© Clark Carrados - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)

texto

© Destino - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en las Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paseo del Vallès 146-148, 08014 Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre era de mediana edad, aunque se conserva bien todavía y ofrecía un excelente aspecto. Jonathan Willets ahogó un bostezo, se sentó en el borde de la cama y empezó a ponerse los zapatos.

Estaba terminando de vestirse, cuando la chica entró en el dormitorio.

—¿Qué tal, Johnnie? —saludó.

Willets sonrió, mientras contemplaba a la esbelta rubia que, envuelta en un espectacular salto de cama de color rojo fuego, sonreía en el centro de la estancia.

—Me acordaré siempre de esta velada —dijo él.

—No me cabe la menor duda —contestó la rubia.

Willets cruzó el dormitorio y se acercó al espejo del tocador para ajustarse el nudo de la corbata. De pronto, vio que la rubia se ponía detrás de él, aunque un poco a su izquierda.

La mano de la joven se alzó, sosteniendo una fotografía, cuyas imágenes pudo contemplar Willets a través del cristal azogado. La sonrisa del hombre se borró instantáneamente.

—De modo que... —murmuró.

—Sí —confirmó ella fríamente.

Lanzó la fotografía sobre el tocador.

—Puedes quedártela —añadió—. Hay más cámaras, aunque no te diré los lugares dónde están emplazadas. Podrías adivinar el escondite de la primera, por nuestras posiciones en la fotografía, pero sólo te he dado una para que estés enterado de la situación.

Willets había recobrado la calma y la sangre fría que tantos éxitos le habían proporcionado en los negocios. Buscó su chaqueta, se la puso y sacó la billetera.

—¿Cuántos? —preguntó fríamente.

Ella extendió una mano.

—Ahora, nada, gracias; ya he percibido los honorarios correspondientes a mis servicios —dijo—. Te daré una tarjeta; envíame un cheque por veinticinco mil dólares antes de una semana. En cuanto lo reciba, yo te enviaré todas las fotografías. Son de cámara instantánea, así que no hay negativos.

—Joyce, los adelantos de hoy permiten fotografiar cualquier cosa. Tú podrías tomar placas de esas otras fotografías...

—Nunca lo hago; soy honrada en mi negocio. Lo admito, soy una chantajista, pero sólo por una vez. Nunca repito... y si fueses más joven y volviésemos a encontrarnos, puedes estar seguro de que no habría más fotografías.

—Más joven —musitó Willets. Estaba a punto de cumplir los cincuenta y, aunque no lo aparentaba, a veces le pesaban mucho los años—. Así pues, veinticinco mil.

—Por favor, un cheque al portador —pidió Joyce.

—Aunque me lo imagino, dime qué ha pasado con los que se negaron a pagar.

—Ninguno se ha negado. Ni tú tampoco. He revisado tu billetera mientras estabas un poco traspuesto. Sé quién eres y dónde vives. He visto el retrato de una dama muy elegante y todavía apetecible. A ella no le gustaría enterarse de una aventurilla de su marido.

—Sí, ya me suponía algo por el estilo. Está bien, Joyce, tendrás noticias mías.

—Antes de una semana. Mañana será el primer día de esos siete —dijo ella con glacial acento.

Willets la miró desde la puerta.

—Joyce, ¿no te has parado a pensar cómo acaban las zorras de tu clase?

Ella se puso rígida.

—Soy lo que soy, porque un... caballero como tú abusó de mí cuando tenía quince...

—Vamos, no me tomes por tonto. Un poco ingenuo, sí. Cada vez que he estado con una golfa como tú, me ha contado la misma historia: violada a los quince años. A veces, hasta por el padrastro casado con una mujer gorda y borracha... Pero algún día aparecerás con ese lindo cuello cortado de oreja a oreja. Te confundirás de «cliente» y toparás con un tipo sin escrúpulos, que te degollará y luego se llevará todo tu dinero y las joyas que tienes. En fin, lo que

pase a partir de ahora es cosa tuya.

Joyce estaba muy pálida.

—Veinticinco mil dólares antes de una semana —repitió.

—Tendrás noticias mías —prometió Willets, un instante antes de poner la mano en el pomo de la puerta.

Sesenta minutos más tarde, Willets se detuvo ante otra puerta, en la que había un rótulo de metal dorado, con unas letras negras: C. SMITHIX (detective privado).

Tocó el llamador. Una joven de ojos saltones y aficionada a la goma de mascar y a los *pullovers* dos números más bajos que los de su talla, apareció ante la puerta.

—¿Sí? —dijo.

Willets tema una tarjeta en la mano.

—Quiero hablar con el señor Smithix —manifestó.

La chica le miró burlonamente. Luego, de pronto, dio media vuelta y se alejó con alternativos contoneos de caderas. A Willets le hubiera gustado tener un sacudidor de alfombras para usarlo sin remilgos contra aquella mala y distante imitadora de Marilyn Monroe.

Transcurrieron algunos segundos. La secretaria volvió al antedespacho.

—El señor Smithix le aguarda, señor Willets —anunció, a la vez que señalaba la puerta con un melodramático ademán de su brazo izquierdo.

Willets cruzó la estancia y entró en un despacho amueblado con discreta elegancia. Era lujoso, pero no se advertía apenas, debido al buen gusto de la decoración.

—Señor Smithix... —empezó a decir el recién llegado.

Pero se interrumpió en el acto al ver a la mujer que se ponía en pie, detrás de su mesa de trabajo.

—Busco al señor...

—Yo soy Cassie Smithix —dijo ella, con ligera sonrisa. Movi6 una mano—. Siéntese, por favor, señor Willets.

—Busco a un investigador privado, aunque nunca me figuré que pudiera ser una mujer.

—¿Piensa, acaso, que mi cerebro es menos inteligente que el de un hombre? —preguntó ella sosegadamente.

—Bueno, no, pero... El asunto que me trae aquí es muy delicado

y no puedo exponerlo delante de una mujer... joven y muy guapa, por cierto.

Cassie hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Gracias, señor Willets. Sé que soy bonita, pero ello no excluye una mínima dosis de inteligencia —contestó—. Por favor, hable.

—Pero usted es muy joven...

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó Cassie.

—Un amigo me habló de la agencia Smithix... Dijo que era una de las mejores de la ciudad...

—Lo cual significa que es usted forastero.

—Sí, de Kansas City. Poseo una pequeña fábrica de repuestos para maquinaria de jardinería y es un negocio muy próspero...

—Siga, siga, por favor. Es decir, si piensa contratar mis servicios. De lo contrario, tendría que rogarle me permitiese continuar mi trabajo.

Willets estudió a la mujer que tenía frente a sí. Aunque ahora estaba sentada, había podido verla en pie, muy alta, delgada, pero de silueta netamente femenina, nada hombruna, a pesar del severo peinado de su pelo negrísimo, partido en dos mitades por la blanca raya superior y reunido en la nuca por un prieto moño casi esférico.

A Willets le gustó también la casi total ausencia de maquillaje: Cassie llevaba solamente un poco de sombra en los ojos y un suave toque de carmín en los labios.

Las uñas estaban simplemente muy cuidadas, sin pintar, y no tenía joyas de ninguna clase, salvo el utilitario pero elegante reloj de pulsera.

La blusa, de seda blanca, cerrada de cuello y mangas encerraba un busto de proporciones clásicas. El resto de la indumentaria eran falda negra, medias y zapatos negros de medio tacón.

—¿Me ha observado a su gusto? —preguntó Cassie de pronto, casi burlonamente.

Willets carraspeó.

—Empiezo a pensar que, para dar una buena lección a una mujer, nadie mejor que otra persona de su mismo sexo —dijo.

—Suele suceder —sonrió ella—. ¿Le han pillado en un apuro, señor Willets?

—¿Cómo lo sabe usted? —Respingó el visitante.

—Suele suceder —repitió Cassie—. Un hombre de negocios,

llegado a la gran ciudad para asuntos de importancia que, de repente, se encuentra con unas horas en blanco. Tropieza con una hermosa mujer, va a tomar unas copas en el apartamento de ella y... ¿qué sucede a continuación?

Willets frunció el ceño.

—Me pide veinticinco mil dólares —dijo.

Cassie levantó las cejas.

—Una tarifa muy elevada —comentó—. ¿Tiene esa mujer alguna «palanca» en que apoyar su petición?

—Le diré una cosa, señora Smithix...

—Señorita, por favor —rogó ella.

—Muy bien, señorita Smithix. Admito mi falta y estoy dispuesto a pagar por ella lo que sea, salvo el pasar por tonto.

—Lo cual quiere decir que no pagará.

—Exactamente. Hablaré con mi mujer. Se lo contaré todo. Estoy seguro de que sabrá comprender y perdonar. Pero no voy a dejar que me expriman como a un limón. Odio a los chantajistas, ¿comprende?

—Un sentimiento que comparto —dijo Cassie—. Pero si no piensa pagar, si está dispuesto a afrontar las consecuencias, no entiendo por qué ha venido a verme.

—Quiero que hable con esa mujer y la disuada de sus propósitos. Mire, señorita Smithix, tengo cierta experiencia y presiento que esa mujer forma parte de una banda muy bien organizada. De lo contrario, habría pedido el dinero en billetes y no en un cheque. Alguien ingresará el cheque en una cuenta bancaria y... Bueno, el resto es fácil imaginárselo.

—En resumen, ¿qué es lo que desea?

Willets sacó la fotografía y la puso delante de Cassie.

—Hable con esa mujer, le daré su dirección, y dígame que pierde el tiempo —pidió—. Investigue luego y envíeme un informe a mi despacho de trabajo. Ahora mismo le firmaré un cheque por cinco mil dólares. Si hiciese falta más dinero, pídamelo.

Cassie miró a su visitante. Los ojos de Willets eran duros, implacables. El hombre, pensó, había sido herido en su orgullo y ahora estaba dispuesto a cobrarse la humillación recibida.

Tomó una cuartilla y una pluma y la puso delante de Willets.

—Escriba nombres, direcciones y números de teléfono —indicó.

Willets tomó la pluma. Al terminar, devolvió el papel a la joven.

Cassie alargó la mano hacia su derecha y tomó unos lentes de gran montura. A Willets le pareció casi más atractiva que sin ellos.

De pronto, Cassie emitió una ligera sonrisa.

—Temo que la tal Joyce se ha creado un mal enemigo —dijo.

—Ha cometido un error —declaró Willets fríamente. Se puso en pie—. Señorita Smithix, me gustaría hacerle una pregunta —añadió.

—Sí —accedió ella.

—¿Cómo se le ocurrió... adoptar esta profesión?

—La agencia era de mi padre. Yo empecé a trabajar con él una vez conseguido el título de leyes. Ahora sigo con el negocio.

—Ah, su padre se ha retirado.

—Lo mataron hace un año. Dos balas en el corazón.

Willets movió la cabeza.

—Dispénsame —murmuró—. Lo siento, señorita Smithix.

Cassie se puso en pie.

—Tendrá noticias mías, señor Willets —aseguró.

El visitante se marchó. Cassie tocó una tecla del interfono.

—Pam, localiza inmediatamente a Buck Carmody —ordenó.

—¡Carmody! —Respingó la oficinista.

—Sí, eso mismo he dicho.

—Pero, señorita, se marchó de aquí no hace ni dos semanas...

Cassie suspiró.

—¿Crees que no me acuerdo? Pero le necesito con urgencia. Anda, llámalo y dile que le aguardo en el *Tubbie's*

, él ya sabe dónde está ese antro.

—Muy bien, señorita —contestó la secretaria.

Cassie se puso en pie. Tenía un espejo en el otro lado del despacho y se puso delante para contemplar su aspecto personal y ver si estaba necesitado de algún retoque. De pronto, sin saber por qué, pensó en Buck Carmody.

—Tipo repugnante —murmuró.

Pero, en aquel caso, era el mejor ayudante que podría encontrar y debía dejar de lado prejuicios personales, para conseguir la solución del asunto que le había encomendado Willets.

CAPÍTULO II

Sentado en un alto taburete, Buck Carmody contemplaba melancólicamente el contenido de su mediada jarra de cerveza, mientras pensaba en el exceso de orgullo que le había hecho tirar por la borda un empleo estable y bien pagado.

Lo peor de todo era, se dijo, el motivo de la discusión que le había llevado a despedirse del empleo. Ahora que lo pensaba fríamente, había sido un motivo completamente estúpido.

Pero ya no podía remediarlo. Estaba sin trabajo y con perspectivas muy negras para el futuro inmediato. En cuanto al futuro más lejano, ni se molestaba en hacer cálculos.

El barman se inclinó de pronto hacia él:

—Señor Carmody, le aguardan en el reservado cinco —dijo a media voz.

Carmody abrió un poco los ojos. Luego sacó una moneda, pero el mozo puso la mano.

—El gasto está pagado —sonrió.

Carmody se apeó del taburete, cruzó el local, poco concurrido a las once de la mañana, y se adentró en el pasillo que conducía a los reservados. Vio el número cinco y abrió la puerta.

—Pasa, pasa, Buck —dijo una voz sarcástica.

Carmody se quedó parado al ver a los dos sujetos que había en el interior de la estancia. Uno de ellos, menudo, de ojos saltones, parecía muy afanado en quitar el polvo a una pistola de escandalosas dimensiones.

El otro era alto, enorme, de poderosos hombros y brazos como troncos de olivo. Su frente estaba partida en el lado izquierdo por una cicatriz que le llegaba hasta el pelo.

—Tenemos un recado para ti —dijo el de la pistola, sin mirarle.

—Sí, el jefe anda ahora algo apurado de dinero y por eso no ha podido ponerle sello de correos a la carta que quería escribirte —rió

el grandullón.

—Entra y cierra la puerta —ordenó Pitt Carney, el chico.
Carmody obedeció.

—Al jefe no le gustó que metieras la nariz en el asunto de Kathy Chatham —dijo Big Russ Eldon.

—Oh, sí, ya recuerdo. Gene Wellman estaba chiflado por Kathy, tanto, que, de vez en cuando, le recordaba a latigazos que era de su exclusiva propiedad.

—Sí, el jefe tiene su genio. Pero, en medio de todo, quería sinceramente a la chica.

—Por eso nos ha encargado que te preguntemos dónde está —añadió Carney.

—No lo sé —respondió Carmody.

—Dale, Big Russ —ordenó el chico.

Eldon avanzó hacia el joven.

—Lo siento —dijo—. No lo tomes como nada personal ¿sabes? Pero órdenes son órdenes...

Y disparó su puño derecho, que parecía un saco de patatas.

El golpe se perdió en el vacío. Una fracción de segundo más tarde, Eldon se desplomó en el suelo, aullando de dolor, mientras se agarraba las dos rodillas con ambas manos.

Carney se puso en pie.

—¿Qué le ha pasado? —dijo.

—He empleado el golpe de mi marca —sonrió Carmody—. Un pequeño salto en el aire, una tijereta con los pies... y dos rodillas convertidas en gravilla.

Carney tenía la boca abierta. De pronto se acordó de la pistola.

Actuó demasiado tarde. El revés de una mano le cerró sangrientamente la boca, lanzándolo contra uno de los divanes de la estancia. La pistola cayó al suelo.

Carmody se arrojó sobre el hampón y le juntó el estómago con la columna vertebral, de un par de golpes bien aplicados. Carney sollozaba miserablemente.

Eldon se levantó. Pero las rótulas doloridas le impedían erguirse, por lo que tenía que caminar encorvado.

Una rodilla se alzó venenosamente hacia su nariz. Carmody volvió a golpear las rodillas. Eldon se desplomó, rugiendo como un búfalo herido.

Carmody se volvió hacia el otro. De repente, vio un colgador sujeto a la pared. Probó su resistencia. Segundos más tarde, el menudo pistolero pendía del colgador por su cinturón. Carney chilló, pero dos restallantes bofetadas acallaron sus chillidos.

—Podéis decirle a Wellman que nunca encontrará a Kathy —dijo, cuando ya estaba junto a la puerta.

—¿Quién es esa tal Kathy, Buck?

Carmody se volvió y contempló durante un segundo a la hermosa mujer que estaba parada bajo el dintel.

—No creo que eso te importe mucho —respondió agriamente.

Cassie contempló a los dos abatidos pistoleros.

—La discusión no ha sido precisamente amistosa —comentó—. Vamos, Buck, tengo trabajo para ti.

—He dimitido —contestó él cuando salía.

—Mi oficina no es un departamento del Gobierno —exclamó Cassie—. Te contraté verbalmente y tú te marchaste de la misma forma. Por mi culpa, lo sé, pero te necesito.

—¡Ja! —dijo Carmody, muy serio.

—He oído que mencionabas el nombre de Wellman, Buck.

—Sí, es cierto.

—Tal vez el asunto que han puesto en mis manos tenga algo que ver con ese despreciable sujeto.

Carmody estaba ya en la acera y se volvió hacia ella.

—¿Cómo dices, Cassie? —exclamó.

Ella sonrió levemente. Luego señaló hacia un automóvil.

—Tengo ahí el coche —dijo—. Sube y conduce hacia la Sexta Avenida. Hablaremos mientras.

Cassie encendió un cigarrillo y se lo pasó a su acompañante. Luego encendió otro para sí.

—Buck, ¿quién es Kathy? —preguntó.

—El apellido es Chatham. Estudiamos juntos, pero ella lo dejó muy pronto. Hace poco me la encontré. Tenía un ojo a la funerala. Me explicó que era cosa de Gene Wellman, pero que no se atrevía a dejarlo, porque temía que le echase ácido a la cara. Simplemente, yo la saqué de la ciudad. Pero los esbirros de Wellman debieron de averiguar algo y fueron a buscarme al

Tubbie's

—Los has dejado hechos unos zorros —rió ella—. ¿Has oído hablar alguna vez de Joyce Green?

—¡Cassie, hay millones de personas en la ciudad!

—Es que se trata de una chica muy guapa.

—Tú no eres fea.

—Gracias, Buck. Pero no ejerzo la profesión de Joyce.

—¿En qué trabaja?

—Buck, usa la cabeza —clamó ella. De pronto, vio que un semáforo iba a ponerse en rojo y abrió el bolso. Cuando el coche se detuvo, pasó la fotografía a su acompañante—. Échale un vistazo, rápido.

Carmody volvió la cabeza un par de segundos.

—¡Caray, ni el Decamerón! —exclamó—. Cassie, ¿no te da vergüenza llevar fotografías de esa clase en el bolso?

—Son cosas del oficio, tú —dijo ella ásperamente—. Me la dio el último cliente de Joyce.

—Chantaje —adivinó Carmody.

—Sí.

—El cliente quiere que rescatemos los negativos por, obviamente, una cantidad muy inferior a la solicitada.

—Buck, no hay negativos; son cámaras «Polaroid», accionadas por mando remoto. Lo que quiere mi cliente es que destruyamos la organización.

—¿Una organización?

—Sí. Probablemente, hay varias chicas «inscritas» en la lista, por decirlo así, y alguien las explota o, en el mejor de los casos, colaboran con el jefe. A nuestro cliente no le gustó que se burlasen de él.

—Comprendo.

—Me ha dado cinco mil dólares. Puedo pedirle más si lo necesitamos.

—Alma generosa —se burló Carmody—. Oye, déjame ver la fotografía otra vez —pidió, al acercarse a un semáforo que se ponía en rojo.

—Tienes alma de sátiro —le reprochó ella.

—Eso late siempre en el subconsciente de todo hombre —dijo Carmody en tono doctoral—. Pero aparte de mi afición a las mujeres hermosas, entre las cuales figuras tú en cabeza del pelotón,

resulta que conozco a la tal Joyce. O me parece que la conozco.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —exclamó Cassie—. Cualquiera día vienen y me traen una fotografía tuya con esa pájara...

—Estás equivocada. Me la presentó Kathy.

—Otra de la misma jaula.

—Kathy es muy buena amiga mía y no me gusta que hables así de ella.

Cassie dejó de sonreír. La parada del semáforo había sido muy breve, de modo que Carmody no tuvo tiempo de contemplar la fotografía con el debido detenimiento.

En la siguiente parada, corroboró sus suposiciones.

—Sí, es la amiga de Kathy —dijo.

—Muy bien, esto puede ayudarnos bastante. Buck, empieza a buscar un hueco; creo que estamos llegando a nuestro punto de destino.

Momentos después, entraban en el vestíbulo de un edificio de apartamentos.

—No está mal —comentó Cassie.

—Las fulanas caras no pueden vivir en los barrios bajos —dijo Carmody.

—Tú entiendes mucho de eso, ¿verdad?

—Cuando una mujer tiene instaladas cámaras ocultas, es que sus ingresos son muy elevados. Además, si se trata de una organización, lo que interesan son los clientes adinerados.

Entraron en el ascensor. Momentos después, se detenían ante la puerta del departamento ocupado por Joyce Green.

—Déjame hablar a mí —pidió Carmody.

—Naturalmente, para eso eres el experto —se burló.

—Después de hablar con Joyce, resolveré mi dilema.

—¿Qué dilema, Buck?

—Pegarte o dejarte.

Cassie se mordió los labios.

—Dispénsame —murmuró, contrita.

Carmody apretó de nuevo el botón de llamada.

—Quizá ha salido —dijo Cassie.

—¿A las doce del mediodía? Una mujer como Joyce no sale nunca antes de las cinco de la tarde. Los hombres de negocios

terminan sus entrevistas a partir de esa hora. Es el mejor momento de cazar una buena pieza.

—Sí, tienes razón. Llama otra vez.

De pronto, Carmody puso la mano sobre el pomo.

—Eh, la puerta está abierta —exclamó.

—Eso no me parece normal —dijo Cassie.

Carmody avanzó el torso.

—¡Joyce! —llamó.

Reinaba un profundo silencio en el departamento. Carmody se arriesgó a entrar.

—Vive bien —observó, al ver la lujosa decoración.

Cassie avanzó tímidamente. Carmody volvió a pronunciar el nombre de la dueña del piso, sin que nadie le contestase.

—Estará en el baño —sugirió ella.

—No se oye ruido de agua.

El dormitorio aparecía vacío, aunque desordenado. Carmody lo cruzó y abrió la puerta del cuarto de baño.

—¡Aquí está, pero no mires, Cassie! —exclamó vivamente.

La joven se puso rígida.

—¿Qué le han hecho? —Adivinó.

Carmody se acercó a la bañera, llena de líquido hasta los bordes.

Los ojos de Joyce Green, muy abiertos, le miraban desde debajo de la superficie transparente del agua. En vista del silencio de Carmody, Cassie se atrevió mirar.

Sus labios temblaron un instante. Luego musitó:

—Entró en la bañera, resbaló y cayó de espaldas...

—No —contradijo él.

—¿Cómo?

—El golpe de la caída habría derramado agua en el suelo del cuarto de baño. Además, el agua está completamente transparente; debieran quedar rastros de espuma de baño.

—Sí, es cierto.

—Incluso parecería lógico tener un brazo fuera de la bañera, pero los dos están dentro —continuó Carmody—. Lo que sucedió, simplemente, es que alguien atacó a Joyce, dejándola sin sentido de un fuerte golpe en la nuca. Luego le quitó todas las ropas, la puso en el baño y abrió los grifos, hasta que su cara quedó sumergida.

Carmody metió un dedo en el agua.

—Fría —dijo—. Lo cual corrobora mi suposición.

—¿Por qué?

Carmody alargó la mano y descolgó un termómetro.

—Joyce debía de ser algo miope, porque puso una señal en los treinta y cinco grados. El agua a esa temperatura, en este ambiente, debería estar todavía tibia.

—Pero pudo morir hace muchas horas...

—No, no lleva siquiera media hora muerta.

—¿Cómo lo sabes, Buck?

—Aún no ha adquirido el tono cadavérico. Todavía queda un levísimo rastro de color en su cara y no es debido precisamente al maquillaje.

Cassie asintió.

—Tendremos que llamar a la policía —suspiró.

—Hazlo, pero aguarda unos minutos. Quiero registrar el piso. Tú vendrás detrás de mí y borrarás mis huellas donde yo toque algo con las yemas de los dedos. ¿Está claro?

—Sí, Buck, clarísimo.

Cassie se volvió de espaldas a la bañera.

—Me pregunto por qué la habrán asesinado —dijo.

La respuesta de Carmody fue amargamente sarcástica:

—Como dijo el poeta: «Sabía demasiado».

CAPÍTULO III

Pamela Shannon levantó el teléfono, escuchó un instante y luego tocó una tecla del conmutador:

—Su conferencia, señor Carmody —anunció.

—Gracias, Pam. Vaya al bar de la esquina y tómese una taza de café y un bocadillo. Por cuenta de la casa claro.

—Sí, señor.

En el despacho, Cassie miró asombrada a su ayudante.

—Tipo fresco —gruñó.

Carmody puso los pies sobre la mesa y acercó el teléfono a su oreja.

—¿Kathy? Soy Buck —dijo—. Escucha, quiero hablar contigo... No, no, todo está bien; Gene te busca, desde luego, pero no te encontrará. Lo que quiero es que me digas cosas de la amiga que me presentaste hace algunas semanas... Sí, Joyce Green... ¿Que qué le pasa? Lo siento, Kathy, la han asesinado.

Al otro lado de la línea se oyó una exclamación de asombro.

—No, no sé quién es... Estamos investigando el asunto, porque nos hemos visto metidos en él sin comerlo ni beberlo... Escucha, Kathy, tú conocías bastante bien a Joyce. Quizá conocías también a algunas de sus amistades femeninas, por supuesto. ¿Cuántos nombres puedes darme? ¿Sólo cuatro? Está bien, me resignaré...

Carmody tapó la bocina con una mano.

—Cassie, prepárate para apuntar —dijo.

Ella buscó papel y lápiz.

—Lista —agitó una mano.

—Bien, escribe... Alma Mac Lean, Karen Kupper, Zella Staunton... Betty Flanagan... ¿Eso es todo, Kathy? Está bien, gracias; sigue ahí y no te muevas por el momento. Ah, sí necesitas algún dinero, telefonéame...

Carmody dejó el aparato en su sitio.

—Si esa chica necesita dinero, se lo envías de tu bolsillo —dijo Cassie, furiosa.

—De acuerdo, pero lo incluiré en la nota de gastos.

Cassie se quedó parada. Él alargó la mano y leyó la lista escrita por la joven.

—Esta Karen Kupper —murmuró, pensativo—. Tengo idea de haberla conocido en alguna parte...

—¿A quién no has conocido tú? —exclamó ella, irónica.

—A tu hermanita, guapa.

—No tengo hermana.

—Pues por eso —rió Carmody, a la vez que se ponía en pie—. Te llamaré cuando sepa algo.

—Cuidado con las fotografías peligrosas —advirtió.

—Apagaré la luz en los momentos críticos —contestó el joven desenvueltamente.

Una hora más tarde, llamaba a una puerta, que se abrió a los pocos segundos. Una espectacular pelirroja le miró con ojos inquisitivos.

—¡Karen Kupper! —dijo él.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Nos presentó una amiga común en el Golden Palms hará cosa de un año, Kathy Chatham.

—Ah, sí, la recuerdo —dijo Karen con frialdad—. ¿En qué puedo servirle, señor...?

—Carmody. Necesito hablar con usted, señorita Kupper.

La pelirroja vaciló un poco. Carmody se dio cuenta que, bajo la bata de encajes y plumas que vestía, había muy poca ropa.

—Está bien —cedió ella al cabo—. Pase, pero sea breve, por favor.

—¿Espera a alguien? —sonrió Carmody.

—Eso no es asunto suyo —el tono de Karen era helado, casi hostil—. Hable y váyase cuanto antes.

—Muy bien. Sólo quiero que me diga si piensa ir al entierro de Joyce Green.

—No sé quién es esa mujer —respondió ella.

—La asesinaron ayer.

—Lamentable.

—¿No la conoce?

—Ya se lo he dicho. ¿Es usted pariente suyo?

—No, pero creí que usted podía ser amiga de la difunta...

—Lo siento. ¿Algo más?

Carmody estudió unos momentos a la hermosa mujer que tenía ante sí y se dio cuenta de que tropezaba con un temperamento muy duro, difícil de quebrar.

«Pese a su juventud, Karen era una lagarta que se las sabía todas», pensó.

—Cuidado con las fotografías —advirtió.

Karen se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo?

—A Joyce la mataron por culpa de unas fotografía —sonrió Carmody—. Ha sido un placer, señorita Kupper.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, con la íntima satisfacción de haber visto palidecer a la pelirroja. Ella, sin embargo, no hizo nada por detenerle.

Al salir, Carmody colocó disimuladamente un trocito de cartón en el hueco de la cerradura. Luego esperó en el pasillo algunos segundos y, finalmente, entreabrió la puerta.

Tal como había calculado, Karen estaba agarrada al teléfono.

—Se llama Carmody, no sé más... Ha venido preguntando por Joyce y ha mencionado no sé qué de una fotografías... ¡Vincent, diablos, tú tienes que saber de qué se trata...! ¿Qué no sabes nada? Señor Page, ¿me tomas por tonta? Pues te diré una cosa: yo no soy como Joyce y tengo escrita una hermosa cartita, de varias cuartillas, depositada en lugar seguro, por si me sucediera algo, así que pon manos a la obra, porque no tengo ganas de acabar como Joyce Green... Vincent, no me tomes el pelo; demasiada comisión te doy, aparte de otras ganancias, para que ahora quieras salirte por la tangente. O haces algo o enviaré la carta a la policía... desde mil millas de distancia, por supuesto...

Carmody sonrió suavemente. Retiró el cartoncito y cerró sin hacer el menor ruido.

Todo era cuestión ahora, se dijo, de localizar al tal Vincent Page.

Cassie Smithix sonreía también en aquellos momentos al leer el papel que tenía en las manos, copia del que había dado a Carmody. Llamó al timbre y esperó. Pasaron un par de minutos. Cassie volvió a llamar. Se preguntó si Betty Flanagan habría salido a la calle. A

juzgar por la hora, debía de estar en casa.

De pronto, abrió el bolso y se puso los guantes. Luego hizo girar el pomo.

La puerta no estaba cerrada con llave. Cassie percibió silencio que reinaba en el departamento y se sintió muy aprensiva.

Paso a paso, cruzó el salón y se asomó al dormitorio. Inmediatamente, sintió un terrible vértigo.

Con Betty Flanagan no se habían molestado en simular un asesinato. La joven yacía sobre su cama, con la cara llena de sangre ya seca.

Cassie sintió un vahído. Durante unos momentos, necesitó permanecer sentada en una silla, hasta que notó que empezaba a recuperarse.

Haciendo un esfuerzo, volvió a entrar en el dormitorio. La sangre, observó, había brotado de una herida en la frente. Posiblemente, calculó, habían querido golpearla. Tal vez Betty había sentido el ataque, volviéndose en el momento en que el asesino descargaba un golpe.

El asesino, sin duda, había golpeado con demasiada fuerza, fracturándole el frontal. Al brotar la sangre en tanta cantidad, la muerte accidental en la bañera debía descartarse. Simplemente, el asesino había escapado dándose cuenta de que, si bien había conseguido su objetivo, no lo había logrado sin cometer un grave error. Cassie dio media vuelta y abandonó el dormitorio. De pronto, se tropezó con un hombre.

Gritó. Él hombre respingó primero y luego sonrió.

—¡Cassie! ¿Qué haces aquí?

—¡Señor Kammer! —exclamó ella, no menos sorprendida.

El hombre era de mediana edad, menos de cincuenta años, elegante y de aspecto distinguido. Cassie sabía que había enviudado seis o siete años antes y que no se había vuelto a casar.

—Me sorprende mucho verte aquí, Cassie —dijo él.

—Estamos en las mismas condiciones —sonrió la joven—. ¿Conoce usted a Betty Flanagan?

Ellis Kammer pareció turbarse ligeramente.

—Somos... amigos —contestó—. Vengo a visitarla de vez en cuando.

—Sí, comprendo.

—Cassie, tu padre y yo fuimos buenos amigos. No sabes cuánto lamenté lo que le había sucedido.

—Sí, muchas gracias.

—Bien, un hombre en ocasiones... necesita un poco de compañía... Betty y yo mantenemos una buena amistad, eso es todo. Tú ya eres mayorcita para comprender y disculpar.

—Lo comprendo todo y le disculpo, señor Kammer Pero no va a poder ver a Betty. Quiero decir que sí podrá verla; lo que no podrá es hablar con ella.

Las cejas de Kammer se levantaron inquisitivamente.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Está muerta. La han asesinado —contestó Cassie dramáticamente.

—Has tardado mucho en volver —acusó Carmody.

—Lo siento. ¿Quieres ponerme una copa?

Carmody miró a la joven y notó algo raro en sus facciones.

—Te has llevado un chasco —sonrió, mientras se acercara a la licorera.

—Peor. Fui a ver a Betty Flanagan. La han asesinado.

Carmody silbó.

—Eso es una epidemia —calificó.

Entregó la copa a Cassie. Ella se había derrumbado sobre un enorme butacón, con la espalda en uno de los brazos y las piernas en el otro.

—¿Ahogada en el baño?

—Él asesino se equivocó y pegó demasiado fuerte.

—Comprendo. ¿Había fotografías?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Pero las tiene la policía —adivinó Carmody.

—Claro.

—Es curioso —dijo él, mientras se paseaba por el—. ¿Quién tiene interés en matar a las gallinitas?

—¿Gallinitas?

—Sí. Ponían huevos de oro. Si todas hacían como Joyce Green, o, por lo menos, hacían un chantaje al mes alguien tenía que estar reuniendo un capitalito.

—Cierto. No se comprenden esos asesinatos. Yo, al menos, no entiendo los motivos, a menos que se trate de celos.

—Cassie, eso podría admitirse en el caso de Joyce. Pero ya han muerto dos.

—Y quedan otras dos.

—Oh, no, más, muchas más. Lo que sucede es que Kathy no supo darnos más que cuatro nombres. ¿Acaso crees que el que montó esa organización iba a hacerlo solo con cuatro fulanas?

—Buck, si empleaba muchas más, podría acabar mal. En esta clase de negocios, no conviene que intervenga demasiada gente.

—Sí, es cierto. De todos modos, opino que Vincent Page tenía más chicas en su cuadra.

—¿Quién es ese individuo?

Carmody relató a la joven lo que había oído a Karen Kupper. Al terminar, Cassie se quedó muy pensativa.

—Sería cosa de hablar con él —dijo.

—A mí se me ha ocurrido una idea mejor.

Cassie le miró inquisitivamente.

—Suéltala, Buck —pidió.

Carmody se echó aliento en las uñas de la mano derecha y luego se las frotó contra la solapa de su traje.

—Preciosa, ¿qué hace un espía cuando quiere obtener buena información del enemigo?

—Infiltrarse en sus filas, claro.

Carmody sonrió. Ella se levantó de un salto.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Pretendes que yo...?

—Eres guapa, elegante, distinguida... La clase de chica a la que Page alistaría inmediatamente en su organización.

—¡Eso no me gusta en absoluto, William Buchanan Carmody! —gritó Cassie—. No lo haré, ¿me oyes? No soy remilgada y comprendo y disculpo las debilidades humanas, pero hay cosas por las que no estoy dispuesta a pasar...

—Bueno, bueno, no te pongas así. Sólo era una sugerencia y ya está retirada. Considera que no he dicho nada.

Cassie volvió a sentarse en el sillón.

—Encuentra a Page —ordenó.

—Lo siento. Eso te toca a ti.

Carmody se fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —inquirió Cassie.

—Tengo ganas de charlar un poco con un tipo llamado Gene

Wellman —respondió él, con la mano ya en el tirador de la puerta.

—Espera un poco, hombre —dijo Cassie, malhumorada—. ¿Qué debo hacer si encuentro a Page?

—Yo indagaré primero quién es y dónde se le pueda ver. Entonces, una tal Cindy Stone empezará a hacerle carantoñas, con mucha distinción y refinamiento, por supuesto.

—¿He de llamarme así, Buck?

—Ese nombre tiene las mismas iniciales que el tuyo Adiós, guapa.

Cassie se puso en pie de nuevo.

—¿Por qué diablos habré ido a llamarle? —exclamó.

Pero la intuición femenina le decía que Carmody era precisamente el hombre que necesitaba para resolver el caso.

Se acercó al espejo y empezó a hacer muecas. Al cabo de un momento, lanzó una exclamación de rabia.

—¡Hacer el papel de... de...!

Luego se encogió de hombros. En su profesión, se dijo, era preciso desempeñar muchos papeles, la mayor parte de ellos hartó desagradables.

CAPÍTULO IV

Gene Wellman tenía los ojos más fríos y acerados que Carmody había visto jamás, pero él no se dejaba impresionar por el aspecto hosco y duro del individuo. Sabía cómo tratar a las gentes de aquella calaña.

—¿Dónde está Kathy? —preguntó Wellman.

—No se lo diré, ni aunque me ofreciese todo el oro de Fort Knox —contestó Carmody con frialdad—. Usted no se merece a esa chica y yo quiero que vuelva al buen camino.

Wellman soltó una carcajada.

—¿Le gustaría saber dónde y cómo la encontré? —preguntó.

—La encontré en los muelles, alternando con marineros borrachos y ella misma también aficionada al alcohol. Usted la sacó de allí y hasta curó su dipsomanía, pero ello no le autoriza a golpearle como si fuese su esclava.

—Tampoco es cuenta suya, Carmody.

—Las opiniones difieren. Kathy ha roto con usted para siempre. Ella admite que le está muy agradecida por lo que hizo en tiempos, pero usted acabó desilusionándola. Será mejor que la olvide. Tiene dinero, así que búsquese otras mujeres. Tal vez Vincent Page pueda darle algunas direcciones.

Wellman saltó en su asiento.

—¿Por qué ha mencionado a Page?

—Mera casualidad. Lo conoce, ¿no es cierto?

—Sí —gruñó Wellman—. Y tengo que ajustar una cuenta con él...

—¿Le debe dinero?

—Cincuenta de los grandes.

—¿Qué pasará si no le paga?

Wellman emitió una risa siniestra.

—Imágeneselo —contestó.

—¿Juega Page a las carreras?

—Juega a todo. Pero me debe cincuenta mil y no veo la forma de recuperar ese dinero.

—Vamos, no sea presumido. Ese dinero no ha salido de su bolsillo. Lo que sucede es que usted ha dejado de ganarlo, que no es lo mismo. ¿Por qué no me deja a Page de mi cuenta?

—¿Para qué?

—Hombre, yo podría conseguir que le devolviese ese dinero.

Wellman se acarició el mentón.

—Conforme —dijo, tras una rápida reflexión—. Vamos a suspender las hostilidades entre usted y yo... por una semana, que es el plazo máximo que doy a Page para que reúna el dinero que me debe.

—¿Qué pasará si fracaso?

—Compraré unos «zapatos» de cemento para Page. A usted, le obligaré a que me diga dónde está Kathy.

Carmody suspiró.

—Me entenece ese amor —dijo—. Pero no me ablanda. ¿Dónde puedo encontrar a Page?

—Suele acudir a diario al *Gallant Irish*, hacia las siete de la tarde.

—Es su oficina de reclutamiento, ¿no? —sonrió el joven.

—Ha dado usted con la frase correcta, Carmody.

—Bien, gracias por todo. Antes de una semana, tendrá los cincuenta mil del ala.

Carmody abandonó el despacho de Wellman. Eldon y Carney estaban junto a la puerta y le miraron de un modo peculiar.

—Si las miradas matasen —dijo Carmody con sorna.

Ninguno de los dos hampones se atrevió a contestarle. Apenas había salido a la calle, Wellman se asomó a la puerta.

—Pitt, busca a Emil *el Zorro*. Carmody estará hoy a las siete en el *Gallant Irish*. Quiero que se pegue a él todo el tiempo y que me tenga bien informado del menor de sus pasos.

La chica vestía un traje rojo, estrepitosamente ceñido, sin mangas, y llevaba el bolso y los zapatos del mismo color. El vestido estaba abierto por el costado izquierdo hasta un palmo más arriba de la rodilla. Cassie Smithix se detuvo en la entrada del *Gallant Irish* y miró a su alrededor. Era un local de mucho lujo, pero algunos de sus clientes, pensó, estarían mejor en

Sing-Sing,
pese a la elegancia de sus indumentarias. Había una mesa libre. Cassie la ocupó. Cruzó las piernas despreocupadamente, abrió el bolso y sacó una pitillera de oro. Un camarero vino a los pocos momentos.

—Señora...

—Martini con vodka, por favor.

—Al momento, señora.

Cassie puso el cigarrillo al final de la larga boquilla. Una mano surgió inesperadamente, con un mechero de oro encendido.

Detrás de la mano y del brazo había un hombre, elegantemente vestido, de agradable aspecto, con algunos hilos grises en las sienes, lo que le daba cierto atractiva de madurez en su mejor época. Cassie lo estudió críticamente, con los ojos entrecerrados, mientras dejaba escapar lentamente el humo del cigarrillo.

—Perdón, señora —dijo él—. No he podido resistir a la tentación. Hacía tiempo que no veía por aquí una mujer tan hermosa.

Cassie sonreía, enseñando ligeramente los dientes.

—Admiro su inteligencia —contestó.

—¿De veras?

—Un hombre, menos inteligente, habría dicho que soy la mujer más hermosa del mundo. Usted ha dicho algo que se acerca más a la verdad: hace tiempo que no veía... etcétera, etcétera.

El hombre se echó a reír, una carcajada suave, distinguida.

—Muy sutil por su parte, señora. Permítame que me presente: Vincent Page, Vincent o Vin para los amigos.

—Cindy Stone —dijo Cassie—. Siéntese, Vincent. Si un día hay más confianza entre los dos, le llamaré de la forma más familiar.

Page sonrió. Agitó la mano y el camarero acudió en el acto.

—Un *Martini*. A mi estilo.

—Bien, señor.

—Debe de ser un estilo muy peculiar —dijo Cassie.

—¿Querrá probarlo?

Ella señaló la copa mediada que tenía delante.

—Oh, cuando haya terminado...

—No —contradijo Cassie—. Sólo un *Martini* al día. Me estimula, me mantiene en forma... y no me causa perjuicios. Pero, claro está,

no tendría inconveniente en probar su fórmula especial en otro momento.

—¿Mañana? —sugirió Page.

—Consultaré mi agenda.

—Tache todos los compromisos para mañana —pidió Page con gran vehemencia.

—Es usted muy impulsivo, amigo mío —rió Cassie—. Acabo de conocerle y... ¿ya quiere que rompa con amistades mucho más antiguas?

—No pueden ser antiguas, Cindy; usted es una chiquilla...

—Cuidado, Vincent; no estropee usted mi opinión sobre su inteligencia. Joven, sí, pero nada de chiquilla.

Cassie aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se puso en pie. Page apreció la naturalidad de ella al no hacer movimientos indiscretos para estirarse la falda o acomodar la faja a sus caderas. «Una maravilla de mujer», pensó.

—¿Vendrá mañana? —preguntó él.

Cassie le dirigió lo que ella estimaba una sonrisa «demoledora».

—Tal vez. Adiós, Vincent.

Page volvió a sentarse, mientras contemplaba a la muchacha alejarse hacia la salida.

—Ah, sí yo pudiera...

De pronto, un hombre se sentó frente a él.

—Hola, Page —saludó Carmody.

Page se puso a la defensiva en el acto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—De momento, llámeme Buck. Soy amigo de Wellman.

—Ah, sí, le conozco...

—Y le debe cincuenta mil.

Page frunció el ceño.

—¿Le ha enviado a cobrar? —preguntó.

—En cierto modo. De momento, me ha dado un mensaje para usted.

—Bien, hable...

—Tiene una semana para pagar la deuda. Wellman quiere que se imagine lo que le puede pasar a usted si no paga.

Page estaba muy serio.

—He tenido dificultades...

—Oiga, Page, a Wellman le importan un rábano sus dificultades. Pero tal vez yo pudiera ayudarle.

—¿De qué forma?

—Si usted me ayuda a mí...

—Buck, ¿por qué no habla claro de una vez? —Gruñó Page, impaciente.

—¿Conocía usted a Joyce Green?

—Claro que sí... Eh, ¿por qué diablos menciona a esa chica? Está muerta.

—Lo sé. Pero tenía relaciones con usted.

—Bueno, bueno, será mejor que aclaremos esto. Yo conozco a muchas mujeres, Buck. Pero de ahí a decir que tengo relaciones con esta o aquélla, hay un gran trecho.

—Y también conocía a Betty Flanagan.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Page, lentamente, dijo:

—Usted no es amigo de Wellman. Es un maldito detective privado, que mete sus narices donde no le importa...

—¿Dos asesinatos, no importan a nadie?

Page se puso en pie. Sacó un par de billetes y los tiró sobre la mesa con gesto malhumorado.

—No tengo nada que ver con esas muertes —dijo—. Pero si usted opina lo contrario, acuda a la policía.

Carmody dudó un instante. Luego, pensando que para ser la primera entrevista, ya había conseguido bastante, decidió no seguir adelante y más, teniendo en cuenta el lugar en que se hallaban.

—De todos modos, no olvide que puedo ayudarle a cancelar su deuda con Gene Wellman —dijo, cuando Page se disponía a separarse de la mesa.

Page se marchó. Carmody quedó en el mismo sitio, fumando apaciblemente un cigarrillo. Estuvo así un buen rato y, finalmente, abandonó también el local.

—Estuviste muy bien, preciosa.

—Apostaría algo bueno a que anduviste vigilándome —contestó Cassie, a través del hilo telefónico.

—Bueno, el *Gallant Irish* no es lugar en donde sea necesario escoltar a una dama. Pero yo también tenía que hablar con Page.

—¿Te dijo algo?

—Fueron sólo unos escarceos. Me limité a sembrar la semilla. En

cambio, tú... Te miraba con ojos de carnero degollado. La verdad, tumbabas de espaldas.

—Gracias, Buck.

—Tienes madera de actriz. Al verte, nadie hubiera sospechado que no eres una furcia de cinco estrellas.

—Las cosas que tiene que aguantar una —suspiró la joven—. ¿Vas a hablar de nuevo con Page?

—Tal vez. He lanzado un hilo, con anzuelo y un cebo estupendo.

—¿Mejor que el mío?

Carmody soltó una risita.

—Tal como tiene las cosas, no te extrañe —contestó—. Debe cincuenta de los grandes a Wellman.

Cassie emitió un silbido.

—¿Acaso es el delegado de Wellman para estos asuntos? —preguntó.

—No, mujer. Simplemente, juego: carreras de caballos, ruleta y demás. Page ha tenido una mala racha últimamente, eso es todo.

—Wellman le dará un repaso si no paga.

—Ahí es donde yo tiré mi anzuelo. Le dije que podría ayudarle a pagar.

Cassie se espantó.

—¡Buck! La agencia no tiene tanto dinero en el banco...

—Tranquila, preciosa; no pienso pedirte un préstamo de esa categoría. Lo único que quiero es que Page se confíe conmigo.

—¿Y después?

—¡Ah, después! ¿Qué mortal es capaz de rasgar los negros nubarrones que ocultan el futuro?

—¡Mal poeta! —le apostrofó ella.

De pronto, se dio cuenta de que Carmody había colgado el teléfono. Sintióse furiosa, sin saber por qué pero acabó por resignarse. «¿No has sido tú misma la que le llamaste?», se dijo.

Carmody le había llamado cuando se disponía a bañarse. Tenía puesta la bata de baño, bajo la cual no llevaba otra prenda. Iba a entrar ya en el cuarto de baño, cuando, de repente, se acordó de Joyce Green.

Sintió pánico. Dio media vuelta, cruzó el apartamento y cerró con doble vuelta de llave, colocando además, la cadena de seguridad. Luego, ya tranquila se metió en la bañera.

A la misma hora, un sujeto de mediana estatura y hocico saliente estaba en una cabina telefónica, con el auricular en la mano.

—Sí, jefe, Carmody ha hablado con Page... No, claro que no, ¿cómo podría haberlo advertido? Lo he hecho muy bien y él no se ha enterado... Perdone, estoy viendo que sale de su casa. Voy a seguirle. Le llamaré más tarde.

Emil *el Zorro* colgó el teléfono. Salió de la cabina y, con tranquila apariencia, se encaminó hacia el automóvil que había dejado estacionado a corta distancia.

CAPÍTULO V

El coche se detuvo ante un local de pequeñas dimensiones, iluminado discretamente. Una figura de neón representaba a un cisne amarillo. Era el título del club, lugar donde Carmody sabía podía encontrar a una de las conocidas de Kathy Chatham.

El edificio donde estaba el *Cisne Amarillo* terminaba hacia el sur en un oscuro callejón, lleno de trastos vacíos y cubos de basura. Carmody entró en el local y desapareció de la vista de Emil.

Al cabo de unos momentos, el espía abandonó su coche y cruzó la calle. Cuando ya se acercaba al club, sintió que una mano le tapaba la boca y otra tiraba de él por una de sus orejas.

El Zorro gruñó y forcejeó, pero, de repente, vio las estrellas. Demasiado tarde se dio cuenta de que iba a perder el sentido.

Momentos después, en el callejón, Carmody se inclinaba sobre el sujeto. El registro le proporcionó una navaja automática como único botín en cuestión de armas. Iba a marcharse cuando, de pronto, se le ocurrió una idea que hizo aflorar una sonrisa a sus labios.

La hoja de la navaja cortó el cinturón. Un par de rápidos y hábiles cortes sirvieron para dejar al espía sin pantalones. Luego, Carmody destapó un par de cubos de basura.

El segundo estaba vacío. Emil fue a parar a su interior, Carmody puso la tapa y, silbando suavemente, se alejó de aquel lugar.

El punto adonde pensaba dirigirse estaba a varios cientos de metros del *Cisne Amarillo*. Carmody se había dado cuenta de la persecución de que era objeto y había decidido que era algo que estaba bien mientras se tratase de sus conversaciones con Page, pero no cuando quería hablar con otra persona.

Veinte minutos más tarde, se sentaba ante la barra de un local, no menos discreto que el *Cisne Amarillo*. Pidió un escocés y encendió un cigarrillo. Después de la primera bocanada de humo, se dirigió a la mujer que tenía a su lado.

—Hola, Zella Staunton.

La joven le dirigió una mirada impersonal.

—No le conozco a usted —dijo.

—Kathy Chatham sí la conoce a usted. Y yo soy muy amigo de Kathy —manifestó Carmody.

Los ojos de Zella se animaron.

—Hace tiempo que no sé de ella —murmuró.

—Necesito hablar con usted, Zella. Pero no aquí.

—¿Por qué? Éste es un buen sitio...

—No para hablar de Joyce y de Betty.

Zella se mordió los labios.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—¿Conoce la historia de Kathy?

—En parte...

—Yo soy el hombre que la apartó de Wellman.

Zella le miró largamente.

—Una vez le oí mencionar a Buck Carmody —dijo.

—Ése soy yo, Zella.

La joven se apeó. Era muy bonita, alta, fina, distinguida, de líneas suaves y pelo muy claro, pajizo, suelto sobre los hombros. Carmody comprendió en el acto que Zella debía de tener un éxito fenomenal con los hombres.

—Mi apartamento está en la siguiente manzana —dijo.

—Guíeme —sonrió Carmody.

Mientras Zella llenaba dos copas, Carmody se asomó al dormitorio y estudió atentamente la disposición de aquella pieza descomunal, decorada con un estilo estremecedoramente futurista, en donde no faltaban las pieles sintéticas, de todos los colores y tamaño.

—¿Qué está mirando? —preguntó ella.

—Las cámaras fotográficas.

Zella se había detenido en la puerta del dormitorio, con las copas en las manos y le miró largamente.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Un cliente fue retratado varias veces. Eso es lo de menos ahora. Lo interesante es que me diga quién se queda las fotografías.

—Nadie. Yo. Luego las destruyo.

—Cuando él paga, ¿verdad?

Zella enrojeció ligeramente.

—Sí —admitió.

—¿Fue Page el autor de la idea?

—Sí.

—¿Cómo aceptó usted, Zella? —preguntó Carmody.

Ella se encogió de hombros.

—Me aseguraron buenas ganancias. Son tipos ricos —contestó despectivamente—. A veces pienso que lo que les sucede no es sino una buena lección.

—Es una forma de pensar, aunque algo peligrosa.

—No, todo ha ido bien hasta ahora, pero yo ya me he «desenganchado».

—¿Cómo?

—Tengo un pretendiente. Quiere que me case con él.

—¿Lo ama, Zella?

La joven asintió.

—Voy a dejar esta vida —declaró—. Me iré muy lejos de Nueva York. Nadie más volverá a saber más de mí en esta maldita ciudad, donde dejé todas las ilusiones... y algo más.

—La felicito —dijo Carmody gravemente—. ¿Qué ha dicho Vincent?

—Le ha sentado como un tiro, pero no ha tenido otro remedio que resignarse.

Carmody volvió a mirar a las paredes.

—¿Están cargadas las cámaras? —preguntó.

—No, ya no.

—Zella, ¿cuál era el porcentaje de Vincent?

—Sesenta y cinco por ciento.

—¡Caramba! No es nada modesto, el chico. ¿Qué pasa si alguna se niega a pagar?

—Entonces viene la policía y encuentra las cámaras. Una quiso denunciarle, pero él dijo que no la conocía y presentó testigos falsos. Esa chica resultó arruinada.

—Sí, me lo imagino.

—Vincent nos facilitaba nombres y señas de posibles clientes adinerados. A veces fallábamos, claro, pero acertábamos en la mayoría de las ocasiones.

—Y los clientes pagaban.

—Sí. Ninguno quería escándalos.

—Un *modus vivendi* muy productivo, evidentemente —comentó Carmody—. Resulta obvio que Page tenía un buen servicio de relaciones públicas e información.

—Sí, él dice que nos pide tanto porcentaje, porque sus informes le resultan muy caros. Bueno, a mí ya me da todo igual...

—Zella, ¿por qué mataron a Joyce y a Betty?

La joven se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

—Kathy me dio cuatro nombres. ¿Puede usted darme alguno más?

Zella meditó un instante. Luego citó los nombres de dos chicas.

—No conozco a otras —manifestó—. A Page no le gusta que nos relacionemos demasiado las unas con las otras.

—Lógico. —Carmody guardó la libreta y sonrió—. ¿Ha desmontado las cámaras, Zella?

—Pensaba hacerlo mañana...

—Hágalo sin falta —recomendó él.

De pronto, llamaron a la puerta. Carmody fijó la vista en Zella.

—¿Espera a alguien? —preguntó en voz baja.

—No —contestó ella.

—Abra. Yo estaré vigilando, no tema.

Zella asintió y se dirigió hacia la sala. Carmody quedó en la puerta del dormitorio, atisbando a través de una rendija.

La puerta del departamento se abrió y dos hombres penetraron en su interior. Uno de ellos era joven, de buen aspecto. El otro era bajo, enormemente musculoso y con la cabeza completamente rapada, excepto un mechón en la nuca. Vestía un tanto descuidadamente, en contraste con su compañero. Carmody, asombrado, se preguntó qué hacía un asiático en aquella casa. Aunque, bien mirado, más parecía esquimal...

El más joven de los dos sonrió al iniciar su primera frase:

—¿Es usted Zella Staunton?

—Sí. ¿Qué desean?

—Me llamo Wayne Galton. Éste es Tago, señorita.

El esquimal movió una mano.

—Hola, guapa —dijo con voz chillona.

Zella le miró fríamente.

—Digan pronto lo que quieren y lárguense —exclamó.

—No vamos a tardar mucho —manifestó Galton—. Sólo queremos decirle una cosa: cada vez que obtenga unas fotografías interesantes, tendrá que entenderse las conmigo.

—¿Cómo dice?

—Le daré un número de teléfono. Usted me llamará.

—Se equivoca —cortó ella fríamente—. No quiero seguir desempeñando ciertos papeles.

Galton parpadeó un instante.

—Se ha vuelto honrada de repente —rió.

—Si no se van en el acto, llamaré...

—¿A la policía? No lo hará, porque sabe que no le conviene. Pero quizá mi amigo Tago pueda persuadirla de que continúe en su lucrativo empleo. ¿Tago?

El esquimal dio un paso hacia la joven. Zella, asustada, retrocedió.

—No toque a esa chica —se oyó de pronto la voz de Carmody.

Galton sacó instantáneamente una pistola.

—¿Quién es este hombre? —preguntó, de mal humor.

—U... un amigo...

—Eso es —confirmó Carmody, sonriendo.

Galton frunció el ceño.

—Ha oído cosas que no le interesan —gruñó.

—Dispare —le desafió el joven.

Galton sonrió de pronto.

—No es necesario —dijo—. Tago se encargará de usted.

Carmody miró al enorme sujeto. De pronto, creyó adivinar las intenciones del esquimal y dio un paso hacia su izquierda.

Tago arrancó inesperadamente, con la cabeza gacha. Era una masa sorprendentemente ágil para sus noventa o más kilos de peso, pero el pelado cráneo no encontró el blanco deseado, sino una pared que crujió primero y luego se derrumbó en parte, convertida en un montón de polvorientos cascotes. Tago quedó tumbado boca abajo, completamente sin sentido.

Galton tenía la boca abierta. De súbito, Zella le arreó una súbita patada en la espinilla.

El sujeto lanzó un aullido y empezó a saltar a la pata coja. Carmody se arrojó sobre él, lo agarró por el cuello de la chaqueta y

el fondillo de los pantalones y lo hizo volar hasta el inconsciente esquimal.

Galton cayó y se agitó débilmente. Carmody le quitó la pistola, que escondió bajo unos cuantos ladrillos. Cuando Galton intentaba levantarse, le golpeó en la mandíbula y lo dejó sin sentido.

—Zella, haga el equipaje y márchese ahora mismo —dijo él—. Yo la acompañaré a un hotel. Mañana podrá abandonar Nueva York.

La joven asintió.

—Sí, es lo mejor que puedo hacer —concordó—. Oiga, ese tabique ha hecho un ruido impresionante...

Carmody sonrió.

—Si llama alguien, diremos que se nos ha volcado un armario —contestó alegremente.

En aquellos momentos, unos empleados del servicio de limpieza se disponían a cargar con los cubos de basura del callejón situado junto al *Cisne Amarillo*.

—¡Diablos, cómo pesa este cubo! —exclamó uno de barrenderos.

—Es el que emplean los vecinos para arrojar los cadáveres que les sobran —dijo el otro, con macabro humorismo.

—¿Qué hacen con los que no les sobran, tú?

—Los trocean y luego los asan o los guisan, eso depende de los gustos de cada cual.

La tapa del cubo se alzó de pronto, cuando los barrenderos estaban ya junto al camión. Una cara delgada, zorruna, asomó por el borde del recipiente.

—¿Dónde estoy? —preguntó Emil con voz desfallecida.

Los empleados de la limpieza se contemplaron recíprocamente durante un par de segundos.

—A qué extremos lleva la escasez de vivienda —dijo uno.

—Amigo —rió el otro, comprendiendo que se hallaba ante un borracho—, si quiere venir conmigo, le alquilaré mi cubo de la basura. Es mucho más nuevo, ¿sabe?

De pronto, Emil saltó del cubo y echó a correr como alma que lleva el diablo. Una patrulla nocturna lo detuvo antes de haber pasado veinte segundos.

A la misma hora, alguien abrió una puerta con gran cautela. El intruso, asomó la cabeza y vio el piso a oscuras y en silencio.

Avanzó lentamente hasta llegar al dormitorio. Un hombre dormía apaciblemente. El intruso se acercó a la ventana y alzó el bastidor.

Regresó junto a la cama. Vincent Page despertó en aquel momento.

—Oiga, ¿qué diablos...?

El intruso se arrojó sobre él y le puso en la cara un pañuelo empapado en anestésico. Vincent forcejeó desesperadamente, pero se relajó casi en el acto, a la vez que contenía la respiración.

Debía simular que había perdido el sentido. Eso le permitiría reaccionar en el momento oportuno. No sería fácil puesto que ya notaba una gran debilidad, pero...

De pronto, se sintió levantado a pulso. Cuando quiso darse cuenta de las intenciones de su atacante, estaba junto a la ventana.

La acera se hallaba a catorce pisos de distancia.

CAPÍTULO VI

Carmody tenía ante sus ojos el periódico con la noticia de la muerte de Page y no acababa de dar crédito a lo que leía.

—Si... si parece imposible —dijo.

Cassie, muy nerviosa, encendió un cigarrillo.

—El asunto es más grave de lo que sospechábamos en un principio —declaró.

Carmody empezó a pasearse por el despacho, con la barbilla apoyada en una mano y el codo en la otra.

—Tengo la sensación de que el negocio de Vincent era muy lucrativo y que alguien puso la vista en él —dijo.

—Es posible —admitió Cassie.

—Zella Staunton me dio los nombres de dos chicas más. Es posible que hubiese alguna otra en la «cuadra» de Page. Imagínate que fuesen una docena y que hicieran un chantaje por mes.

—Oye, eso serían trescientos mil dólares...

—Sí, lo sé, pero Page tenía muchos gastos. No se adquieren informaciones de cierto valor por el simple importe de una copa. ¿Cómo pudo él saber, por ejemplo, que Willets «valía» veinticinco mil dólares? La información, a la fuerza, tuvo que costarle muy cara.

—¿Qué me dices de una de sus supuestas víctimas? —sugirió Cassie.

—No. Willets vino a verte y no mencionó el nombre de Page. Los otros estarían en la misma situación. Pero alguien sabía qué clase de negocios eran los de Page y lo quitó de en medio. Naturalmente, antes de actuar, tuvo que buscar información durante mucho tiempo.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—Sí. La idea se llama Wayne Galton, el mismo que dijo a Zella que, a partir de este momento, tendría que entenderse con él. Lo

cual significa que alguien había decidido desplazar a Page de su privilegiada posición.

—¿Wellman?

—Es una posibilidad. Y ahora que lo mencionas, tendré que enfrentarme con él...

De pronto, sonó el teléfono. Cassie alargó la mano pero Carmody le hizo una señal y ella se detuvo. Carmody levantó el supletorio. Cassie comprendió, y acercó el teléfono a su oreja.

—Señorita, la llama el abogado Kammer —informó Pamela.

—Ah, deme la comunicación, por favor.

Carmody oyó la voz de Kammer en el acto.

—¡Cassie! ¿Cómo te encuentras?

—Bien, señor Kammer —respondió ella, algo sorprendida—. No me ha pasado nada...

El abogado se echó a reír.

—Claro, ya lo sé —dijo—. Pero es que quería decir que anoche te vi con un tipo nada recomendable.

—¿Page?

—Sí, el mismo.

—Vaya, señor Kammer, no sabía que fuese usted cliente del *Gallant Irish*.

—El dueño, además de amigo, es cliente y quería hablar conmigo acerca de sus impuestos. Te vi por casualidad, ¿sabes?

—Desde luego, pero no tenga cuidado. Page se ha tirado por una ventana. O lo han tirado, que no se sabe todavía.

—Lo sé, he leído el periódico. Te recomiendo cuidado. Page tenía amigos.

—Yo no he tenido nada que ver con su muerte, señor Kammer.

—Sí, sí, me lo imagino. Pero no me gustaría que te sucediera nada.

—Oh, no se preocupe; era un asunto sin importancia. La muerte de Page lo cancela.

—Bueno, tal vez sea mejor así. Ah, es probable que muy pronto te haga un encargo. Tengo un cliente con algunas dificultades y necesitare ciertas informaciones. De todos modos, iré a visitarte pronto. Adiós, Cassie —se despidió el abogado.

—Ese leguleyo parece tener mucha confianza contigo —observó Carmody, después de que hubo terminado el diálogo.

—Era muy buen amigo de mi padre y le daba numerosos encargos de investigación, para poder defender mejor a sus clientes en los tribunales —explicó la muchacha—. Ya ves —sonrió—, también quiere darme trabajo.

—Yo tengo que darte uno —dijo él—. Había pensado que lo hicieras por teléfono, pero pienso que resultará mejor personalmente.

—Buck, ¿quién es el jefe? —preguntó Cassie.

—En este asunto, yo —respondió Carmody, sin pestañear—. Tienes que visitar a Alma Mac Lean y a las otras dos chicas, cuyos nombres me dio Zella Staunton, y persuadirlas de dos cosas: primero, que te faciliten más nombres; segundo, que se larguen de la ciudad durante una temporada.

—No lo comprendo —dijo ella—. Tengo la impresión de que a esas chicas no les va a pasar nada.

—A mí me pasa lo mismo, pero quiero hacerle una mala pasada al tipo que ordenó defenestrar a Page.

—¿Puedo saber en qué consiste esa mala pasada?

Carmody sonrió de una manera especial.

—Nena, ¿qué sucede cuando en un negocio faltan las materias primas?

—Bueno, la fábrica tiene que cerrar...

—Celebro que lo hayas comprendido —dijo él, mientras se encaminaba hacia la puerta.

Cassie lanzó una exclamación de asombro.

—Tienes razón —dijo—. Haré lo que me has indicado... pero, al menos, dime adónde vas tú.

—El corazón se me parte sólo de pensar en ver de nuevo la cara de Gene Wellman —contestó Carmody.

Al pasar por el antedespacho, guiñó un ojo a la secretaria.

—Un día de éstos la invitaré a cenar, Pam —dijo.

Pamela meneó la cabeza.

—Usted es coto privado —contestó.

—No pertenezco a nadie...

—Pertenece a ella. Tiene sus defectillos, pero paga bien y puntualmente, así que no trate de meterme en líos.

—Vamos, que usted tiene los líos fuera de la oficina.

Pamela le dirigió una sonrisa de aprobación.

—Exactamente. Pero no con usted, métaselo bien en la cabeza —respondió.

Carmody alzó los brazos hacia el cielo.

—Me siento fracasado —dijo.

—Conmigo, sí —declaró Pamela.

—De modo que ha fracasado —dijo Wellman.

—Lo admito.

—Usted me garantizó...

—Poco a poco —cortó Carmody—. Yo dije, y usted aceptó, que en el espacio de una semana, conseguiría los cincuenta «grandes». Caramba, Gene, no habían pasado veinticuatro horas y Page ya estaba en la «morgue».

Wellman, ceñudo, asintió.

—Me pregunto quién pudo liquidarlo —dijo.

—Por eso estoy yo aquí —manifestó el visitante.

—Sé tanto como usted.

—Pero tiene buenos espías.

Wellman soltó un taco.

—Si se refiere a Emil...

—¿Le pasó algo?

—Todavía suda de miedo, cuando piensa que estuvo a punto de ir a una planta trituradora-incineradora de basuras —dijo Wellman—. Lo arrestaron por inmoral y le han puesto una fianza de trescientos dólares.

—Sigue en la cárcel, ¿eh?

—Le dejaré una temporadita para que aprenda a espiar. Claro que antes de una semana está en la calle. Bien, Carmody, usted ha sido mi enemigo hasta ahora, pero nos hemos convertido en aliados.

—Sigo siendo enemigo de usted, de todo lo que hace y de todo lo que representa —contestó Carmody secamente—. Pero ahora le necesito y usted me necesita. Si quiere, puede negarse a ayudarme; pero debe pensar, desde ahora mismo, que no porque me ayude le diré dónde está Kathy Chatham.

Los labios de Wellman se contrajeron.

—Entonces, salga —ordenó.

Carmody se puso en pie. Cuando llegaba a la puerta. Wellman le llamó a gritos:

—¡Vuelva, maldita sea! ¿Qué diablos quiere de mí?

Carmody sonrió.

—Así está mejor, Gene —dijo—. ¿Quién es Wayne Galton?

—No le conozco. ¿Qué sucede con ese individuo?

—Trabaja, supongo, para el tipo que quiere ocupar el puesto de Page.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted me dirá quién es Galton y yo no le preguntaré por sus fuentes de información. Pero me interesa saber, incluso más que quién es, dónde puedo encontrarlo.

—Haré que lo averigüen. ¿Algo más?

—Sí. ¿Conoce usted a un tipo achaparrado, que pesa media tonelada y tiene la cabeza afeitada, salvo un mechón de pelo en la coronilla? Tiene los ojos oblicuos, lo que le hace parecer asiático, pero estoy por creer que es mestizo de esquimal.

—¡Rayos! ¿Un esquimal...?

—En Nueva York se ven toda clase de gentes raras —sonrió Carmody—. El esquimal se llama Tago y va con Galton.

—No sé nada de los dos, pero ya me enteraré. Gracias, Carmody.

—A usted, Gene —se despidió el joven con toda cortesía.

Transcurrieron veinticuatro horas.

A mediodía, Cassie se puso en contacto con Carmody.

—He hablado con Alma Mac Lean y las otras dos, pero me ha sido imposible ponerme en contacto con Karen Kupper —dijo por teléfono.

—No te preocupes, déjala de mi cuenta.

Carmody estaba fatigado. La víspera se había pasado horas enteras recorriendo Greenwich Village y sus calles atestadas de *hippies* y toda clase de individuos de las más diversas cataduras. Era el barrio ideal para encontrar a un esquimal, pero, por más que caminó y preguntó, no pudo encontrar el menor rastro de Tago.

Galton, pese a que era un hombre apuesto, resultaba también corriente y con facilidad para pasar desapercibido en una multitud, sobre todo, si se tenía en cuenta su indumentaria discreta.

Tago era distinto: lo había visto con chaqueta, pero debajo de la misma llevaba una camisa de fina piel de ante, con dibujos geométricos de vivos colores. Además, no llevaba sombrero, lo que haría destacar su cráneo mondo y el copete de pelos de la coronilla.

A los dos parecía habérseles tragado la tierra.

Después de una ducha, el afeitado consiguiente y un par de tazas de café, Carmody se lanzó a la calle. Treinta minutos después, llamaba a la puerta del departamento de Karen...

De pronto, observó que la puerta estaba entreabierta. Empujó un poco y gritó el nombre de la joven.

Al fondo sonó una voz ronca e ininteligible. Carmody entró de un salto y corrió hacia el dormitorio.

En el umbral, se detuvo en seco, paralizado por el horror. Karen, sin la menor prenda de ropa encima, se arrastraba por el suelo, profiriendo sonidos ininteligibles.

Tenía la cara cruzada a golpes, como si la hubiesen golpeado con una fina varilla de metal. En la espalda, en el pecho, en los costados... por todas partes aparecían señales de los golpes propinados con aquel horrible instrumento.

Carmody se arrodilló a su lado.

—¿Quién...? —preguntó.

Karen le miró suplicante. Fue a decir algo, pero sólo consiguió espurrar sangre por los labios rotos. Carmody la alzó en brazos y la llevó a la cama, cubriéndola inmediatamente con una sábana.

Ella había perdido el conocimiento. Carmody se dijo que lo primero que debía hacer era llamar a una ambulancia.

Abandonó el dormitorio. Al asomarse al salón, vio a dos policías de uniforme.

—Nos han llamado —dijo uno de los agentes.

—Se nos ha informado de que hay una mujer herida —añadió su compañero.

Rechinaron unos cerrojos. Sonaron pisadas en el corredor.

Carmody alzó la cabeza. Al otro lado de la reja estaban Cassie y un hombre de mediana edad, bien parecido, con un portafolios en la mano izquierda.

—Buck, te presento al abogado Kammer —dijo ella—. Señor Kammer, Carmody.

—Hola, muchacho —sonrió el abogado—. Cassie me llamó y dijo que usted estaba en un apuro. No se preocupe, prestaremos la fianza...

Carmody se puso en pie lentamente.

—Me gustaría saber de dónde salió el infundio que me ha traído aquí —dijo.

—Lo declaró Karen, en el hospital, cuando recobró el conocimiento —respondió Cassie con seco acento.

—Y tú lo has creído, claro.

—¿Por qué no?

Carmody volvió los ojos hacia el abogado.

—Señor Kammer, gracias por sus buenas intenciones, pero no es necesario que se ocupe de mi defensa, Cassie ha olvidado que yo también tengo el título de leyes.

—Pero, Buck, el señor Kammer es un verdadero experto...

—Lo sé —dijo el joven—, y aprecio muchísimo su interés por mí. Pero no necesito sus servicios.

—Tal vez llames al abogado de Wellman —dijo ella despectivamente.

—Podría hacerlo, pero prefiero defenderme a mí mismo. Señor Kammer, le ruego perdone las molestias que haya podido ocasionarle involuntariamente.

El abogado se encogió de hombros.

—Cassie, yo no puedo defender a un acusado, si él no lo desea —dijo—. Adiós, señor Carmody.

—Adiós, Cassie —dijo el preso.

Ella pateó el suelo.

—¡Karen dijo que tú la habías torturado! Los policías te encontraron con... con las manos en la masa. ¿Qué esperas que crea?

—Nada, muchas gracias. Adiós.

Carmody dio media vuelta y volvió a tenderse en el camastro. Ella le miró durante unos segundos, muy furiosa, y luego se encaminó con paso vivo hacia la salida.

Carmody fue llevado ante el juez al día siguiente.

—Se le acusa de haber golpeado y causado lesión: graves a la señorita Karen Kupper —dijo el juez—. Puesto que los médicos informan de que no hay peligro de muerte, se le puede conceder la libertad bajo fianza de cinco mil dólares. ¿Está en condiciones de prestar esa fianza, señor Carmody?

—Yo lo haré en su nombre, Señoría —dijo alguien entre el público.

Carmody se volvió. Un hombre se había puesto en pie y tenía la mano levantada.

—Ujier, haga los trámites correspondientes —ordenó el juez—. En su momento, se señalará la vista de la causa seguida contra el acusado, que será puesto en libertad inmediatamente.

—Gracias, Señoría —dijo Gene Wellman.

CAPÍTULO VII

Carmody tuvo que volver a la celda, en espera de los trámites indispensables. Una hora más tarde, ponía el pie en la calle.

Pitt Carney tenía abierta la portezuela de un gran «Cadillac» negro.

—No le guardo rencor —dijo.

Wellmaon estaba sentado en el asiento posterior, con sombrero hamburgués, corbata gris de seda, adornada con una perla, una camelia blanca en el ojal de su impecable chaqueta y las manos enguantadas sobre el puño de su bastón.

—El conjunto sería perfecto, si no desentonase ese horrible puro que sostiene usted entre los dientes —dijo Carmody, mientras se sentaba junto a su anfitrión.

—Ya decía yo que algo marchaba mal en mi atavío —sonrió Wellman—. Carmody, la chica le ha abandonado.

—Tiene mucho genio.

—Y cree firmemente que usted apaleó a Karen Kupper.

—¿Qué cree usted?

—Le considero inocente.

—Entonces, ¿por qué me encerraron?

—Simplemente, para quitarle del paso.

—Pero estoy libre —protestó Carmody.

—Muchacho, use su sustancia gris. Esto ha sido una advertencia. Le quedan antecedentes. Otro día, una furcia aparecerá degollada y usted al lado.

Carmody se quedó muy pensativo.

—¿Sabe que es muy posible que tenga razón? —dijo al cabo.

—La tengo. Es el mismo truco que yo habría empleado si hubiese querido deshacerme de usted.

—Pero no lo ha hecho.

—Quedamos en que éramos aliados, ¿no?

—Dejando a Kathy fuera del asunto.

Wellman dio un par de chupadas a su cigarro.

—¿Sabe?, empiezo a olvidar ya a esa chica —dijo.

—Lo celebro, Gene.

—Pero quiero que siga colaborando conmigo.

—No; he decidido dejar el caso.

—¡Diablos, Carmody! Usted ha dicho antes...

—Gene, le debo cinco mil dólares y pienso pagárselos. Entre sus negocios honrados, figura una empresa de transportes por carretera. Deme un empleo de camionero. Trabajaré hasta saldar la deuda.

Wellman se echó a reír.

—Usted ha visto la televisión mucho últimamente —dijo—. Las cosas que pasan en esa serie no suceden en la realidad. ¡Un abogado camionero! —resopló—. Pero hombre...

—¿Me da el empleo o no, Gene?

—No. En «Ruta» es cosa de ficción. Éste es un asunto muy serio. Quiero sacarlo adelante.

—¿Por qué tanto interés, Gene?

Wellman emitió una risita sardónica.

—No haga preguntas —dijo.

—Gene, Page recaudaba, calculo, alrededor de trescientos mil mensuales. La cuarta parte era para las chicas de su círculo; por tanto, le quedaban doscientos veinticinco mil. Necesitaba pagar bien los informes, lo que significa que sacaba limpios de ciento cincuenta a ciento setenta y cinco mil mensuales. ¿Quiere usted, acaso, explotar esta mina?

—¿Le molestaría mucho?

—Me asquearía. Y desde ahora declaro rota nuestra alianza. Ya le pagaré como pueda... aunque tenga que trabajar de pocero. ¡Para, Big Russ!

Eldon, sorprendido, arrimó el coche a la acera. Carmody saltó fuera del vehículo.

—Adiós, Gene.

El «Cadillac» arrancó de nuevo. Wellman reflexionó durante unos instantes. Luego dio una orden:

—Pitt, es preciso buscar a Jack Shall. Le necesito. Quiero que sea la «sombra» de Carmody. Es más caro, pero mucho mejor que Emil. Además, Carmody no le conoce.

—Bien, jefe —contestó Carney.

Carmody entró en la habitación del hospital, con el rostro oculto tras un enorme ramo de rosas rojas. La paciente estaba en la cama, con el rostro vendado, salvo los ojos, la nariz y la boca.

Karen miró a su visitante. Carmody bajó un poco el ramo de flores.

—¿Qué tal? —dijo.

—¿Ha venido a burlarse de mí?

—Karen, usted sabe de sobra que no fui yo quien la infligió tan bárbara tortura. Alguien la engañó...

—Yo le vi a usted. ¿No es suficiente?

—No, porque, en ese caso, la engañada es usted misma.

Karen pareció vacilar.

—Oí su nombre —dijo.

—A ver, cuénteme —pidió él.

—Llamaron a la puerta. Yo abrí. Él estaba a un lado y me pegó un terrible puñetazo en la boca. Caí de espaldas, casi sin conocimiento. Luego me recuperé un poco... Pude notar que me rasgaban y me quitaban todas las ropas. Uno de ellos dijo: «Dale ya». El otro contestó: «Sí, señor Carmody...». Y empezó a atizarme con aquella varilla... De vez en cuando, el primero decía que siguiese pegándome. El otro contestaba siempre lo mismo: «Sí, señor Carmody...». Hubo un momento en que no pude más y perdí el conocimiento...

—Pero, Karen, a usted la golpearon también en la cara. ¿Cómo es que no vio los rostros de sus atacantes?

—Estuve todo el tiempo boca abajo... Para pegarme en la cara, uno me echó los brazos atrás... Puso los pies a ambos lados de mi cuerpo; así no podía verle, ¿comprende? Entonces, el otro me agarró del pelo...

Carmody hizo un gesto de asentimiento. Sí, un ardid bien tramado y mejor ejecutado.

—Karen, ¿vio al otro alguna vez? Quiero decir, al que la pegaba.

—No, ya le he dicho que quedé aturdida desde el primer momento.

—Es decir, no vio caras, pero sí oyó voces.

—Sí.

—¿Cómo era la voz del hombre que decía: «Sí, señor Carmody»,

a cada orden que recibía?

—Parecía... un poco chillona...

—¿Percibió usted un olor raro? —preguntó Carmody súbitamente.

—Sí, sudaba mucho... Olía de un modo extraño...

Carmody sonrió y puso las flores sobre un jarrón, acomodándolas adecuadamente.

—Gracias, Karen —dijo—. Acaba de darme la solución.

—¿Cómo? ¿Los conoce usted?

—Sí. Karen, cuando se celebre el juicio, yo no influiré en su declaración. Pero me defenderé a mí mismo, puesto que soy abogado.

—Diré lo que pasó...

—Gracias, eso es todo. Deseo que se mejore pronto.

—¡Me han destrozado la cara! ¡Hasta en el pecho me pegaron!
—clamó la paciente.

«La hirieron donde más podían hacerle daño, donde más podían perjudicar a una profesional de la belleza», pensó Carmody, mientras cerraba la puerta del cuarto.

—Bien, ahora es preciso encontrar a toda costa a Galton y a su esquimal —se dijo, en tanto se encaminaba en busca del ascensor.

Cuando salió del hospital, pidió un taxi. Había ido directamente desde el coche de Wellman y no tenía el suyo a mano.

Otro coche arrancó inmediatamente detrás del taxi.

El conductor era un hombre de apariencia enteramente normal. Jack Shall era hombre avezado a seguir a la gente. Su aspecto, enteramente corriente, le hacía pasar disimulado en cualquier parte.

La enfermera cerró la puerta con cuidado y se dirigió al cuarto donde pasaría su turno de guardia nocturna. En el camino se encontró con un joven médico.

—Buenas noches, doctor —saludó.

—Buenas noches —contestó el galeno.

La enfermera siguió andando. El médico abrió una puerta y contempló la cama, parcialmente oculta. Luego lanzó un rápido vistazo a sus espaldas.

El pasillo estaba completamente desierto. La puerta se cerró.

Karen entreabrió los ojos.

—Señorita Garrell...

—Perdón —dijo el médico—. Soy el doctor Tharborough.

Karen fijó la vista en el joven médico, con grandes gafas de gruesa montura negra y abundante bigote del mismo color. El doctor Tharborough estaba contemplando el nivel del líquido en la jeringuilla de inyecciones que tenía en las manos.

—¿Qué es eso, doctor? —preguntó.

—Un sedante, señorita Kupper.

La aguja se clavó en el brazo de Karen, antes de que ella pudiera formular la menor objeción. El médico sonrió.

—Dormirá muy bien, se lo aseguro —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta, pero no salió del cuarto, quedándose oculto tras el biombo.

Pasaron unos minutos. El médico se atrevió a asomar la cabeza.

Karen estaba dormida como un tronco. El médico se acercó cautelosamente a la ventana y la abrió.

Miró un instante hacia abajo. La distancia era de siete pisos.

Regresó junto a la cama. Apartó las ropas a un lado Karen no se enteró de que dos fuertes brazos la izaban a pulso. Tampoco se enteró del vertiginoso descenso que acabó en las losas de cemento situadas junto a la base del edificio.

La banda encementada tenía un ligerísimo desnivel. Unos hilos de sangre empezaron a correr lentamente hacia el césped que formaba parte de los jardines de hospital.

De repente, la enfermera Garrell alzó la cabeza.

—El médico... Era nuevo —exclamó, meditabunda—. ¿Cómo no me he dado cuenta?

Abandonó su cuarto y empezó a abrir puertas de las habitaciones confiadas a su custodia. Cuando vio vacía la cama de Karen Kupper, se desmayó.

Algún gracioso había apodado el *Periscopio* a Bat Chaffee, basándose en el hecho de que era un sujeto que sabía asomarse por todas partes, observar sin ser visto y retirarse con abundante cantidad de información, que vendía imparcialmente a policías y maleantes de toda laya, siempre que la operación se ajustase a sus tarifas. Cuando vio los cinco billetes que le tendía Carmody, movió la cabeza.

—La inflación, ¿sabe? —dijo.

—Es todo lo que llevo por el momento —dijo Carmody—.

Mañana sacaré dinero del banco. Bat, nunca te he engañado. ¿Cuál es tu tarifa actual?

—Se lo diré, cuando sepa lo que quiere saber —respondió Chaffee.

—Muy justo —admitió el joven—. Te daré sus señas personales y los nombres que usan. Ignoro si son auténticos, pero, al menos, no conozco otros.

—¿Por qué los busca? —preguntó Chaffee, después de que Carmody hubo dado los datos indicados.

—Apalearon a Karen Kupper, una zorra de clase. Uno de ellos, el esquimal, estuvo todo el tiempo pronunciando mi nombre. Como ella no vio las caras de ninguno de los dos, declaró que yo era uno de los que la apalearon. Bat, emplearon un trozo de varilla de hierro, del que se usa en los encofrados de cemento.

El *Periscopio* se estremeció.

—Diablos, por nada del mundo me gustaría que me diesen una paliza con una cosa semejante —dijo.

—Ella está en el hospital. Incluso le golpearon en los pechos.

—América es el país más civilizado del mundo —rió Chaffee sarcásticamente—. Está bien, doscientos pavos es mi tarifa actual.

—Mañana vendré aquí y tendrás el resto.

—De acuerdo.

Carmody volvió a su casa, se desvistió, tomó un baño caliente, luego se preparó un poco de café y se metió en la cama. Para entretenerse, ya que estaba un poco excitado, sacó una libreta y empezó a anotar los hechos más sobresalientes del caso.

Una hora más tarde, empezó a bostezar.

—Me pregunto por qué diablos no mando todo... al diablo —dijo.

Entonces recordó que estaba procesado y pensó que, por su propio interés, debía intentar solucionar aquel enigma.

A la misma hora, Jack Shall se ponía en contacto con Wellman y le relataba todas las actividades de Carmody.

—¿Te ha visto? —preguntó Wellman.

—Ni enterarse. Pero eso no es todo, jefe.

—Dime, Jack.

—Había otro tipo que seguía a Carmody. Carmody, desde luego, no se dio cuenta de que yo le seguía ni tampoco de que había otro

tipo. Pero éste tampoco me advirtió a mí.

—¿Lo conoces, Jack?

—No, nunca lo había visto. Es un tipo algo regordete, medio calvo, que lleva siempre un palillo entre los dientes. ¿Le recuerda a alguien?

—No, pero ya preguntaré. Jack, no pierdas de vista a Carmody.

—Está en su casa. Debe de haberse metido en la cama.

—Bueno, vigila, no quiero que le pase nada. Ese hombre me interesa más vivo que muerto.

Shall conocía el conflicto entre su jefe y Carmody. Después de colgar el teléfono, soltó una risita.

—¿Quién lo iba a decir? —murmuró, al abandonar la cabina telefónica—. Después de jurar que un día le arrancaría el pellejo, ahora quiere que viva.

Luego dejó de reír. Pensar que tendría que pasarse la noche en blanco, le puso repentinamente de mal humor.

CAPÍTULO VIII

Bat Chaffee abandonó el bar en que había estado tomando unas copas con un par de amigos y caminó apaciblemente por la calle, prácticamente desierta, en busca de otro lugar donde sabría podría obtener alguna información. De repente, un hombre, con un grueso cigarro en los dientes, le cerró el paso.

—¿Fuego, amigo? —pidió el sujeto.

—Sí, claro.

Bat Chaffee se hurgó los bolsillos en busca de fósforos. Cuando ya sacaba una tira, vio que el hombre del cigarro tenía algo en la mano.

Era una pistola provista de silenciador. El arma disparó cuatro veces, muy seguidas.

Las rodillas de Chaffee se doblaron. El asesino continuó andando apaciblemente.

Poco más tarde, una mujer pintarrajeada, colgada brazo de un hombre que caminaba con pasos no muy seguros, vio un cuerpo humano tendido al pie de una pared.

—Ése sí que la ha pescado buena —dijo ella, riendo rápidamente.

De súbito, divisó los regueros de color oscuro que remitan del cuerpo del sujeto caído y empezó a chillar. Eran unos chillidos muy penetrantes, por lo que el coche de la patrulla policial no tardó ni treinta segundos en asomar por la próxima esquina.

Carmody sintió un fuerte golpe en el final de la espalda y despertó bruscamente.

—¡Arriba, gandul!

—Tengo sueño...

El golpe se repitió. Carmody giró en la cama y miró con un ojo a la persona que le había golpeado.

—Tenías que ser tú —dijo.

—Vamos, levántate —ordenó Cassie.

—¡No me da la gana! ¡Lárgate, vete al diablo!

La joven no se inmutó. Dejó el periódico enrollado a un lado, arma que le había servido para despertar a Carmody, entró en el baño y llenó un vaso de agua.

A continuación, regresó al dormitorio. Con la mano izquierda, tiró a un lado las ropas de cama. Luego lanzó el agua a la cara de Carmody.

—¡Estás loca! —gritó él.

—Puede —contestó Cassie.

—Si necesitas ayuda, búscala en el infierno.

—Pedazo de estúpido. Eres tú quien la necesita. Lee ese periódico, anda.

Cassie le arrojó el diario. Carmody lo desplegó, todavía sentado en la cama, con las piernas cruzadas.

—Rayos —dijo a media voz.

—Sí, muchísimos rayos. A Karen la han cerrado la boca para siempre.

—Pero eso no tiene sentido... Sólo quisieron golpearla para comprometerme...

—Se sabe que estuviste a visitarla en el hospital. ¿Te imaginas lo que pensará la policía?

—No piensan mucho o ya me habrían llevado a la comisaría más cercana. Estuve a las cinco de la tarde y... ¿a qué hora murió Karen?

—Adentro hay más detalles, en la página de sucesos. Fue defenestrada a las once de la noche.

Carmody pasó las páginas, hasta encontrar el relato detallado de la muerte de la pelirroja. En la información aparecían también las declaraciones de la enfermera Garrell, respecto al falso médico que, se suponía, era el asesino.

De repente, Carmody vio algo que le hizo dudar de la integridad de su mente.

—No, no es posible...

—¿Qué pasa, Buck? —preguntó ella.

—El *Periscopio*. Le han pegado cuatro tiros.

—¿Quién era ese individuo?

—Hablé anoche con él. Bat Chaffee poseía una habilidad especial para conseguir información.

—Y tú le pediste...

—Quiero encontrar a Galton y a su esquimal.

—Pero, no entiendo... ¿Por qué han matado a Chaffee?

—Seguramente le vieron hablando conmigo.

—Lo cual significa que alguien te siguió.

Carmody hizo un gesto afirmativo.

—Chaffee fue asesinado alrededor de medianoche. Yo hablé con él sobre las once.

—Ya no cabe la menor duda; han seguido todos tus pasos, desde que te pusieron en libertad. Pero la muerte de Karen resulta incomprensible...

—Si hubieses hablado con ella, no te resultaría incomprensible ni hubieras adoptado cierta actitud hostil y desdeñosa hacia mí.

Cassie se sentó en una silla y puso las manos sobre el regazo.

—Creo que me equivoqué —admitió—. ¿Por qué no lo cuentas todo?

Carmody saltó de la cama y, descalzo, se encaminó hacia el cuarto de baño. Cassie le siguió maquinalmente, pero se detuvo al ver que él se quitaba la chaqueta del pijama.

—Karen nunca vio con claridad las caras de los dos hombres que le atacaron —dijo, mientras corría la mampara de la bañera—. A decir verdad, no vio nada; sólo oyó... mi nombre y pronunciado con gran insistencia. Había uno que decía: «Dale fuerte» o algo así, cada dos por tres, y el otro contestaba: «Sí, señor Carmody». ¿Lo entiendes ahora?

Carmody tenía que gritar a causa del agua de la ducha.

—Sí —gritó la chica—. Eso es lo que te dijo Karen, ¿verdad?

—Ya lo has oído. Pero debían de estar siguiéndome desde que me pusieron en libertad. Por eso supieron que yo había visitado a Karen y decidieron matarla, de la misma manera que mataron a Page.

—¿Sospechas que quieren cargarte ese asesinato?

—No tendría nada de particular. Ciertamente, no tengo una coartada favorable. Cené en no sé qué restaurante y luego anduve por ahí buscando al *Periscopio*. Chaffee podría corroborar la coartada, pero le metieron cuatro balas en la tripa.

—Esta vez tendrás que dejar que te defienda Kammer —exclamó Cassie ardorosamente.

Carmody cerró el grifo de la ducha y describió ligeramente la mampara para coger una toalla.

—Ningún policía ha venido a verme —dijo—. A la hora en que yo estuve, entraban y salían muchos visitantes.

—Pero tú preguntaste en información por el número de la habitación de Karen. La empleada te recordará.

—Afrontaremos ese riesgo —con la toalla hasta la cintura, Carmody abandonó la bañera—. De todas formas, tengo la sensación de que, acusado yo o no de los golpes, Karen estaba condenada a muerte.

—¿Por qué?

—Era muy lista, muy inteligente, muy independiente... ¿Sabes?, me gustaría echar una mirada a su apartamento. Tal vez pensaron que ella sucumbiría a consecuencia de los golpes, aunque viviendo lo suficiente para acusarme... Pero de lo que no cabe duda es de que un abogado de mediana inteligencia habría sembrado la duda en el jurado, sin la menor dificultad. Con cuatro frases, logré hacer comprender a Karen que yo no había sido uno de los que la apalearon.

—Ella, en el juicio, habría declarado que «oyó», pero no que «vio».

—Exactamente.

Los ojos de Cassie se iluminaron.

—Has dicho que vas a ir al piso de Karen.

—Sí, justamente —descalzo, con las caderas envueltas en la toalla y los pies desnudos sobre la alfombra de baño, Carmody se enjabonaba la cara para afeitarse—. En cuanto esté listo...

—Necesitas algo de desayuno. Iré a prepararlo, mientras terminas de arreglarte —exclamó ella vivazmente.

Carmody meneó la cabeza y se sonrió a sí mismo a través del espejo.

—En medio de todo, no es mala chica —murmuró.

Media hora más tarde, Carmody detuvo el coche en las inmediaciones de unos grandes almacenes.

—Entra ahí y cómprate un vestido negro y unas gafas oscuras. Ah, zapatos y medias también. Y una corbata negra para mí.

—Pero ¿qué piensas hacer...?

—Eres la señora Macaulay, hermana de la pobre Karen, y yo tu esposo. Anda, date prisa. No te olvides de mi corbata.

Cassie abandonó el vehículo, sin comprender muy bien las intenciones del joven. Veinte minutos más tarde salió, enlutada de pies a cabeza y con un paquete en las manos.

El paquete grande contenía las ropas que acababa de dejar. El pequeño era la corbata de Carmody, quien dejó el puesto de conductor a la joven.

—Sigue, ya te indicaré el camino —dijo, mientras se disponía a cambiar la corbata de color por la negra recién adquirida.

Veinte minutos más tarde, dio una seca orden:

—¡Para!

Cassie arrimó el coche a la acera.

—¿No estamos demasiado lejos de la casa de Karen?

—Hay un auto de patrulla estacionado delante. Seguramente, los de homicidios andan buscando rastros. Esperemos.

Carmody sacó cigarrillos. La espera duró casi dos horas, al cabo de cuyo tiempo el coche de patrulla se alejó seguido de otro de aspecto corriente, ocupado por policías de paisano.

Carmody dejó pasar todavía un cuarto de hora. Luego hizo que la muchacha moviera el automóvil un poco más todavía.

Jack Shall presenciaba las maniobras de la pareja. En otro lugar de la calle, un hombre vigilaba a la pareja, pero no a Shall.

Momentos después, Carmody y Cassie entraban en el edificio. El joven se dirigió directamente al conserje.

—Amigo...

El hombre le miró con moderado interés.

—Señor...

—Soy Herb Macaulay. La señora, mi esposa, era hermana de la señorita Kupper.

—Oh —dijo el conserje—, cuánto lo lamento. Señora reciba mi más sentido pésame.

—Gracias —musitó Cassie, a la vez que llevaba la punta de un pañuelito al ojo derecho, por debajo de la gafa de aquel lado.

—Mi esposa tiene un vivo interés en ver si encuentra algún recuerdo de su pobre hermana. —Carmody puso unos billetes en la mano del conserje—. Tal vez usted pueda ayudarnos... —agregó,

con leve sonrisa.

—Oh, será un placer. Subiré con ustedes...

—No se moleste, por favor; usted debe atender el vestíbulo. Déjenos la llave, simplemente.

—Con mucho gusto, señor Macaulay.

Carmody y la chica iniciaron la marcha hacia el ascensor. De pronto, Cassie se apoyó en el hombro de su «esposo».

—Pobre, pobre hermana mía... —gimió.

Carmody pasó un brazo por sus hombros.

—Valor, querida —dijo.

El conserje meneó la cabeza.

—Pobre señora —musitó.

En el ascensor, Cassie se levantó los lentes de color y sonrió.

—¿Qué tal lo he hecho? —consultó.

Carmody juntó en círculo el pulgar y el índice.

—Eres una magnífica actriz —elogió.

—Tampoco tú te quedas atrás —dijo ella—. Y debo reconocer que la idea ha dado un resultado completamente satisfactorio.

Momentos después entraban en el departamento. Todo estaba en orden, pero un ojo experimentado como el de Carmody descubrió bien pronto las huellas de un registro a fondo.

—Quizá hayamos perdido el tiempo —dijo, desalentado.

—Más lo perderemos si nos quedamos parados —exclamó ella—. En concreto, ¿qué buscas?

—No lo sé... Algo... Presiento que Karen, pese a su apariencia de un número más en la organización, tenía un puesto más elevado... o quizá había reunido datos comprometedores para alguien... Y no olvidemos tampoco las cámaras fotográficas.

Al entrar en el comedor, vieron varios paneles fuera de sus sitios. Ya no había cámaras fotográficas.

—Están en poder de la policía —dijo Cassie, decepcionada.

—Me pareció ver al teniente Orwil. Es un hombre muy experto y conoce bien esta clase de asuntos. No es la primera vez que se enfrenta con un caso de fotografías comprometedoras.

—Entonces, ¿hemos perdido el tiempo?

Carmody no contestó, limitándose a examinar los lugares susceptibles de resultar un escondite. Pero hartó se imaginaba que la policía lo había hecho antes que él.

Examinó la cocina con toda atención. El frigorífico estaba punto menos que vacío, aunque guardaba todavía algunas latas y botellas. De repente, una de las botellas cayó al suelo.

—Eres un torpe —dijo Cassie.

—Oh, no, se ha caído sola. La nevera se ha movido...

—Vamos, Buck, no me tomes el pelo.

Carmody no contestó. Estaba junto a la nevera, examinando atentamente la contratapa donde se guardaban ordinariamente las botellas, el queso y la mantequilla.

Durante unos momentos, estudió el panel. Luego, de pronto, sacó una navajita y la introdujo en una apenas visible ranura que había entre la contratapa y el panel que era la puerta exterior.

Cassie contemplaba expectantemente todas las operaciones. La contratapa giró de repente a un lado.

—Inteligente solución —comentó ella.

Carmody logró extraer un sobre grande, en el que, al tacto, se notaban muchas fotografías. También se dio cuenta de que había papeles.

—Ya estamos —dijo.

Alguien había preparado el escondite de la contratapa, mediante unos salientes que se ajustaban a presión. Naturalmente, si no se sabía, era imposible descubrir el escondite, pero uno de los salientes había flojeado, lo que causó la caída de la botella y llamó la atención del joven.

El sobre era grande, por lo que Carmody se lo puso bajo la camisa, abrochándose la chaqueta a continuación.

—Será mejor que examinemos su contenido en casa —indicó—. Ah, sí ves alguna fotografía de Karen, llévatela para justificar nuestra presencia.

Cassie obedeció. Sobre un mueble, había un gran retrato de Karen, con marco de plata. Carmody buscó un papel y la envolvió. En la planta baja, Cassie enseñó la fotografía al conserje.

—Pobre señorita Karen —dijo el hombre—. Tan buena, tan amable... Siempre tenía una frase cariñosa, una sonrisa cuando pasaba por aquí...

Cassie asintió. Carmody se la llevó por un brazo hasta la calle.

Minutos después, Shall informaba a Wellman:

—Carmody ha estado en el edificio donde vivía Karen Kupper.

—Buscaría pistas —dijo Wellman—. ¿Algo más?

—Sí, el tipo continúa siguiéndole.

Wellman reflexionó unos instantes.

—Tendré que advertirle —dijo al cabo—. Sigue, Jack.

—Bien, jefe.

CAPÍTULO IX

Las fotografías eran altamente reveladoras. Cassie se sintió impresionada, pero también asqueada por las escenas recogidas por el objetivo de la cámara.

—¿Es posible que haya tanta suciedad en este mundo? —murmuró.

—Las pruebas están a la vista —dijo él—. Pero lo que verdaderamente interesa son estos papeles.

—Hay muchos nombres y direcciones...

—Sí, aunque eso era ya de esperar. Otra cosa me hubiera gustado más encontrar.

—¿Qué, Buck?

—Éstas son listas de «clientes». La duda es: ¿Era Karen una especie de jefe? ¿O quizá aspiraba a serlo?

—Así parece, ¿no crees?

Carmody hizo un gesto.

—No sé —murmuró—. Tengo la sensación de que falta algo... o acaso lo tenemos delante de las narices y no sabemos verlo.

—Un nombre importante.

—Había uno y lo arrojaron por la ventana.

—Tal vez Page era solamente la cabeza visible, Cassie.

—¿Tú crees?

Carmody dejó los papeles a un lado, y empezó a pasearse por la estancia.

—Cada vez que lo pienso, me aferro más a esa idea —dijo sin dejar de caminar de un lado para otro—. Pienso en Page continuamente y creo que no tenía la categoría suficiente para dirigir una organización de este género. Alguien había tras él, ¿comprendes?

—¿En qué te fundas para esa creencia, Buck?

—Si sólo había doce chicas en la organización, pero

seguramente tenía que haber muchas más, los chantajes, aun concediéndoles un promedio muy bajo, de diez mil dólares por ejemplo, tenían que dar una cifra global altísima. Todos los extorsionados pagaban, de eso no cabe la menor duda. Por tanto, si se recaudaban cuatrocientos mil mensuales, aun contando todos los gastos habidos, debían de quedar limpios no menos de doscientos mil. ¿Era Page hombre que viviese de acuerdo con unos ingresos de ese calibre?

—Vivía bien, recuerda.

—Sí, en un piso elegante... como el que corresponde a unos ingresos de cincuenta mil anuales. Por lo poco que le traté, si él se hubiese quedado con todos los beneficios, es decir, un millón al año, habría tenido un piso de ensueño y hasta un «Rolls» con chófer.

—Quizá tengas razón, Buck. Pero en todo caso, ¿por qué guardaba Karen los nombres, las direcciones y las fotografías?

—Ella participaba en los chantajes, pero recibía solamente el veinticinco por ciento. Ya te dije que me pareció muy astuta, por tanto, es posible que hubiese empezado a «ahorrar».

—¿Ahorrar? —repitió Cassie, extrañada.

—Sí. Un día hubiera dejado la organización y entonces dispondría de una lista con cuarenta o cincuenta nombres, más fotografías. Entonces, habría empezado a hacer chantajes por su cuenta.

—Creo que es cierto lo que dices. Sin embargo, tú la oíste mencionar algo de una carta que sería enviada a la policía, si le sucedía algo grave.

—Posiblemente, sólo quiso presionar a Page, porque ignoraba que había alguien detrás de éste. Pero aunque exista esa carta y aparezca, no servirá de nada, porque ella y Page están muertos.

—Entonces, ¿no hemos adelantado nada?

Carmody señaló uno de los nombres de la lista.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Creo que debería decirle algo...

—Ésa es una decisión que debes tomar tú misma, Cassie.

Ella meditó unos instantes. De súbito, sonó el teléfono.

Carmody levantó el aparato y dio su nombre.

—Wellman —dijo el que llamaba—. Buck tengo una noticia para

usted. Le siguen.

—Alguno de sus hombres, claro.

Carmody oyó una risita.

—Lo admito —dijo—. Es mejor que *el Zorro*. Pero no se trata de éste, sino de otro que le sigue desde que salió de la cárcel.

—¿Seguro?

—No me molestaría en avisarle si no fuese cierto. Buck, ándese con ojo —recomendó Wellman.

El teléfono volvió a su sitio. Carmody se dio cuenta de que la chica le miraba inquietamente.

—¿Qué ocurre ahora, Buck?

Carmody no respondió. Se puso en pie y caminó lateralmente hacia la ventana, situándose de modo que no fuese visto desde el exterior.

Recorrió la calle con los ojos. En todo cuanto alcanzaba su vista no consiguió divisar un solo sospechoso.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia la joven.

—Cassie, quédate en casa —dijo.

—¿Adónde vas? —quiso saber ella.

—Me siguen. Voy a ver si hago picar al espía.

Antes de salir, Carmody se volvió hacia ella.

—Aguárdame aquí hasta que regrese —ordenó.

—Sí, Buck.

Una vez más, Cassie repasó la lista de nombres, algunos de los cuales le sonaban. La mayoría, sin embargo, eran completamente desconocidos para ella.

De pronto, sintió que algo frío y duro se apoyaba en su cuello, bajo la oreja derecha.

—No grite o la mataré.

Ella se quedó absolutamente inmóvil.

—Cruce los brazos y ponga las manos en los hombros —ordenó el desconocido.

Cassie obedeció. La pistola seguía apoyada en su cuello. Claramente pudo darse cuenta de que el hombre miraba por encima de ella.

—Ponga todo en el sobre —dijo el intruso, pasados unos momentos de silencio.

—Tengo buena memoria —advirtió ella mientras cumplía la

orden.

—Esa memoria sólo debe recordar una cosa: olvide todo esto o morirá.

Papeles y fotografías estuvieron dentro del sobre a los pocos segundos.

—Ahora, levántese y camine hasta la pared, con las manos como antes. Pegue la nariz a la pared. Si intenta volver la cabeza, haré fuego.

Cassie se dio cuenta de que no tenía otro remedio que obedecer. Al cabo de unos momentos, oyó el ruido de la puerta.

Prudente, no intentó siquiera asomarse al pasillo. Fue a la ventana y miró hacia la calle.

Un par de minutos más tarde, salió un individuo de la casa. Era de mediana estatura, algo grueso y vestía con ropas corrientes. Cassie le vio subir a un coche y partir de inmediato.

Carmody regresó media hora más tarde.

—He perdido el tiempo —dijo, desanimado.

—El otro, en cambio, lo aprovechó bien —manifestó Cassie, a la vez que señalaba la mesa completamente vacía.

—Nunca creí que fuese usted capaz de hacerme una jugarreta tan cochina, Gene —dijo Carmody.

Wellman respingó.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—Usted me dijo que alguien me seguía, además de su esbirro. Yo salí de casa, con la intención de tender un lazo al espía. Cassie Smithix quedó sola, lo que aprovechó el espía para llevarse unos papeles y fotografías muy comprometedoras, pero sumamente útiles para nosotros.

Wellman se puso ambas manos en el pecho.

—Buck, le aseguro que yo no he dado ninguna orden en ese sentido —contestó—. Sé que mi espía le siguió al salir de casa, que usted estuvo caminando un rato por la calle, tomó un café en un bar y volvió aproximadamente una hora más tarde. Pero eso es todo, créame.

Carmody frunció el ceño.

Wellman era sincero, aunque le utilizaba para sus propios fines, que no tenían nada de honestos. Entonces, ¿quién diablos era el otro sujeto que le seguía?

—¿Le han dado la descripción del espía?

—Sí. Estatura media, algo regordete...

—El mismo —murmuró Carmody, recordando el informe de Cassie—. ¿No lo conoce su confidente?

—No. Pero, a cambio, voy a darle una buena noticia. Así podrá apreciar mi sinceridad, Buck.

—Bien, adelante, Gene.

—¿Ha oído hablar alguna vez del *Polar Circle*?

—No. ¿Es un club?

—Está en la calle Ciento nueve Oeste. Decoración ártica, con tipos más o menos orientales, que usan vestimenta esquimal, para servir al cliente.

Carmody se puso en pie.

—Gene, trate de averiguar quién es el espía —pidió.

—Lo conseguiré —respondió Wellman con acento lleno de confianza en sí mismo.

La decoración del *Polar Circle* respondía en un todo a su título. Paredes blancas, con abundantes estalactitas de falso hielo; mesas blancas, aparentemente fabricadas con bloques de hielo... Hasta el mostrador parecía igualmente hecho de hielo.

Detrás de la barra había una atractiva *barmaid*, vestida con ropas más o menos esquimales, de ojos levemente oblicuos y pelo liso y corto. Carmody se sentó en un taburete, que era una barra de hielo, y sonrió a la chica.

—¿Está helado el *whisky*? —preguntó.

Ella sonrió también.

—Calienta el estómago —respondió, a la vez que se disponía a servir al cliente.

—Me llamo Johnny —dijo él.

—Yo soy May —se presentó la camarera—. Usted no había estado nunca aquí.

—Esto es nuevo para mí. Me gusta.

—Gracias, señor.

—May, llámeme Johnny, por favor.

—Lo siento, no podemos tomarnos confianzas con los clientes —se disculpó la falsa esquimal.

—Entonces, ¿dónde se toma usted las confianzas con los amigos?

May se echó a reír.

—Le gusta correr y eso no es bueno —dijo.

—También sé ir despacio. No tengo ninguna prisa, May.

Había muy poca gente a aquellas horas. Carmody calculó que la mayor aglomeración sería a partir de las seis de la tarde.

—¿A qué hora termina su turno, May?

—A las seis.

—¿No se queda por la noche?

—La semana próxima, señor.

Carmody consultó la hora.

—Aguardaré —sonrió.

—¿Y si me espera alguien? —preguntó ella, maliciosa.

—Le pegaré dos tiros.

May se echó a reír.

—No será necesario —dijo.

Otro cliente llegó y la *barmaid* se apresuró a servirle. Más tarde, llegaron un par de individuos con rostros orientales, quienes se dirigieron hacia la puerta que indicaba «Servicios».

Debían de ser camareros, que luego, como May, adoptarían el aspecto de falsos esquimales. Al cabo de un rato, apareció un tercer camarero y se encaminó igualmente a los vestuarios.

Minutos antes de las seis, llegó Tago.

Carmody bajó la cabeza. Ahora, Tago llevaba puesta una gorra a cuadros sobre su mondo cráneo. Pasó junto al mostrador, saludó a May con la mano y se dirigió al vestuario.

Los tres camareros empezaron ya a servir a los primeros clientes que ocupaban las mesas. Carmody se levantó y dirigió una sonrisa a May.

—Volveré enseguida —dijo.

Ella contestó con un gesto amistoso. Carmody se dirigió hacia la puerta que comunicaba con los departamentos interiores, pero, en lugar de dirigirse al lavabo, se encaminó hacia el vestuario de camareros.

Abrió la puerta. Tago estaba poniéndose una folklórica blusa esquimal y su pelado cráneo asomaba por la abertura superior. Sobre un taburete se podía ver la funda de un cuchillo de caza. Pero aquel arma, pensó Carmody, era auténtica y no destinada meramente a la decoración.

De pronto, Tago se dio cuenta de que no estaba solo. Terminó de

ponerse la blusa y miró al hombre que se hallaba apoyado en la puerta.

—Hola —sonrió Carmody.

CAPÍTULO X

Los menudos ojos del esquimal despidieron durante unos instantes chispas de fuego. Luego, de pronto, reaccionando con increíble rapidez, se abalanzó hacia el cuchillo y lo sacó de la funda.

Cuando se volvía, para cargar contra Carmody, otro taburete le golpeó con indescriptible violencia en el pecho. Tago rugió y se tambaleó, pero no cayó.

A Carmody le quedaba en la mano derecha una de las patas del taburete. Usándola como porra, golpeó el cráneo de Tago. Sonó otro rugido.

Tago se tambaleó. Había perdido ya el cuchillo y buena parte de la iniciativa, pero no acababa de caer.

Era un hombre robustísimo, de una fortaleza física impresionante. De pronto, Carmody saltó hacia él y agarró el mechón.

Tiró con fuerza. Volvió a tirar. Tago chilló. Carmody, implacable, lo hizo girar sobre las puntas de sus pies y luego lo catapultó contra la pared próxima.

El esquimal se desplomó de espaldas, jadeante, incapaz de moverse apenas, pero todavía con todo el conocimiento. Carmody puso el tacón sobre su nariz.

—Si aprieto, te la aplastaré —dijo.

Tago intentó asirle el tobillo. Carmody golpeó su mano con la pata del taburete. Se oyó un nuevo aullido.

—No te quejes. Sólo se trata de madera, pero tú empleaste el hierro con Karen. Y cada vez que el otro decía que siguieras pegando, tú contestabas: «Sí, señor Carmody». ¿Me equivoco, Tago?

El esquimal permaneció callado. Carmody se separó ligeramente.

—Arriba.

Tago se puso en pie torpemente. Un hilo de sangre corría por la

comisura de sus labios.

—Si piensa que le diga algo, está equivocado —gruñó él.

—Oh, no, en absoluto, sólo vine a divertirme un poco contigo. ¿Sabes?, en cualquier momento vendrá alguien y te pegará cuatro tiros. Eres un tipo demasiado «visible». Resultas inconveniente, Tago.

El esquimal respingó.

—Me necesitan —dijo.

—¿De veras? Tú eres un tipo que ya estorba. Se sabe que estuviste en casa de Karen Kupper. ¿O es que piensas que los policías son tontos?

—No trate de meterme el miedo en el cuerpo; nadie sabe...

—Te vio el conserje de la casa de Karen. Si me lo ha dicho a mí, ¿por qué no se lo iba a decir a la policía?

Tago se lamió los labios doloridos.

—Me lo ordenó Galton —dijo.

—Y a él, ¿quién se lo mandó?

—No lo sé.

—Es probable que tengas razón, Tago, por lo que no insistiré más. Sí, creo que Galton no te dio demasiadas explicaciones. Pero, al menos, sabes dónde vive.

—No.

—¿Cómo?

—Cuando me necesita, llama por teléfono y me indica el lugar donde debemos reunirnos. Lo crea o no, es así.

Carmody entornó los ojos. Tago parecía sincero. A fin de cuentas, esquimal o no, era simplemente un hampón que hacía lo que le mandaban por un salario. Y, además, debía de ser un sádico. Sí, Tago había debido de disfrutar mucho azotando a Karen con la varilla de metal.

—Está bien —dijo—. Sigue ahí durante cinco minutos más. Si te mueves antes de que pase ese tiempo, te pegaré un tiro.

Carmody metió la mano en el interior de su chaqueta. Realmente, no llevaba pistola, nunca solía usar un arma, pero convenía intimidar a Tago.

El esquimal permaneció inmóvil. De pronto, Carmody oyó un ligero chasquido.

Alguien se disponía a entrar. Carmody saltó a un lado, a la vez

que se ponía el índice sobre los labios.

Tago contestó con un leve pestañeo. La puerta terminó de abrirse.

Sonó un ruido seco, muy tenue. Tago dio un salto hacia atrás y cayó de espaldas.

Carmody se encogió dentro del ropero en que se había escondido al oír el ruido de la puerta. Si el asesino le veía, acabaría con él sin compasión.

Un hombre entró en el vestuario. Era el mismo que Cassie le había descrito: regordete y de aspecto vulgar, con un palillo en los dientes. En la mano tenía aún la pistola con silenciador que le había servido para derribar al esquimal.

Aquel sujeto, pensó Carmody, era el mismo que había acabado con Chaffee. Un tipo hábil y duro, pese a su aspecto bonachón. La gente pasaría por su lado y pensarían que se trataba de un feliz padre de familia, con un par de hijos a punto de graduarse en la universidad. Nadie se imaginaría que era un sanguinario asesino.

Pero Tago no había muerto aún. De pronto, hizo un gesto con la mano izquierda.

—Acérquese... —jadeó—. Tengo que decirle algo... muy importante...

El asesino dio un par de pasos y se inclinó sobre el caído. Entonces, Tago movió la mano derecha con gesto fulgurante. El cuchillo rasgó el cuello del asesino, desde la oreja izquierda hasta el borde opuesto de la mandíbula.

Carmody oyó un sonido horripilante. El asesino soltó la pistola y se llevó ambas manos a la garganta abierta, a la vez que caía al suelo. Saltaba de una forma espantosa, arqueándose en convulsiones titánicas, mientras la sangre se desparramaba por todas partes en densos chorros.

El joven sintió una horrible náusea. Al cabo de unos segundos, el asesino cesó de moverse. Carmody se atrevió a abandonar su escondite.

Tago yacía boca arriba, con el cuchillo en la mano y los ojos fijos en el techo. A Carmody le pareció que en los labios del esquimal se había petrificado una sonrisa de satisfacción.

Salió con todo cuidado, procurando aparentar naturalidad. Cuando llegaba a la calle, vio que alguien le esperaba.

—Has tardado mucho, Johnny —sonrió May.

Carmody hizo un esfuerzo para sonreír.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó.

May se colgó de su brazo.

—Ven conmigo —propuso, desenvuelta.

Carmody se emparejó con la *barmaid*. Pasar unas horas junto a ella no sólo le haría olvidar la horripilante escena de que había sido testigo, sino que, por otra parte, podía resultarle útil para el caso de que le relacionasen con las dos muertes.

Pamela, la secretaria, le informó a la mañana siguiente de que Cassie tenía una visita.

—Pero ha dicho que pase, apenas llegue —agregó.

—Muy bien. Pam, la invitación sigue pendiente —sonrió Carmody.

Ella le sacó la lengua.

—Sé leer —contestó—. Y usted lleva colgado del cuello un cartelito que dice: «Propiedad Privada».

Carmody sonrió. Abrió la puerta del despacho y saludó con la mano.

—Hola —dijo—. Siento haber llegado tarde.

—Se te han pegado las sábanas —dijo Cassie ávidamente.

—Sé comprensiva con él —sonrió el visitante—. ¿Qué tal, señor Carmody?

—Encantado, señor Kammer.

El abogado se puso en pie.

—Bueno, ya me iba. Cassie conoce ya todos los detalles del caso. Ella le explicará todo, amigo Carmody.

—Descuide, señor Kammer —sonrió la joven.

Al pasar junto a Carmody, Kammer le dio un leve codazo, a la vez que le hacía un guiño malicioso.

—No la deje escapar, muchacho —susurró—. Es una chica de todas prendas y usted se la llevará sólo porque tiene veinte años menos que yo.

Carmody sonrió, pero no dijo nada. Kammer cerró la puerta.

—¿Te ha dado trabajo? —preguntó él instantes después.

—Sí, un buen caso —la mano de Cassie se movió, agitando un cheque—. Para empezar, cinco mil, pero tenemos que movernos muy aprisa.

—¿Qué sucede, guapa?

—Un divorcio. El marido, que se sabe burlado, no quiere pagar indemnización. Hemos de sorprender a la esposa in fraganti. Kammer es abogado del esposo ofendido.

Carmody se sentó en un ángulo de la mesa y desplegó el diario que había traído consigo.

—¿Lo has leído? —preguntó.

—Hoy no he tenido tiempo —respondió ella—. ¿Qué ha pasado?

—En el *Polar Circle* aparecieron muertos dos sujetos. Uno de ellos tenía una bala en el estómago o sus alrededores. Al otro lo degollaron.

—No entiendo...

—Tago, el esquimal, era camarero del *Polar Circle* cuando no tenía trabajo con su varilla de hierro. Es el que recibió la bala en las tripas.

—¿Y el otro?

—Según sus documentos, no se sabe aún si legítimos o falsos, se llamaba Booth Corydon. A ti te quitó un sobre con fotografías. Con Chaffee se portó mucho peor.

Cassie dio un salto en el asiento.

—¡El hombre que te seguía! —exclamó.

—Sí.

—No entiendo. ¿Quién mató a quién, Buck?

—Corydon disparó contra Tago y lo derribó. Tago le hizo acercarse, con el pretexto de que quería decirle algo de importancia y entonces le pasó el cuchillo por debajo del mentón.

Cassie sintió un escalofrío.

—Horrible —comentó.

—Tendrías que haberlo visto —dijo él.

—¿Tú... estabas delante?

Carmody se puso un cigarrillo entre los dientes.

—Por fortuna, Corydon no me vio; de lo contrario, estaría haciendo compañía a Tago.

—Pero ¿por qué asesinaron al esquimal?

—Ya no les servía, preciosa.

Cassie se dejó caer de nuevo en su sillón.

—Es espantoso —murmuró—. Y todos esos crímenes...

—Por dinero.

—Pero ahora no podemos seguir con ese asunto. El de Kammer corre más prisa.

—Cassie, del marido burlado te encargarás tú, si quieres —respondió el joven—. Yo sigo adelante con el caso Willets.

—¡Nos han adelantado cinco mil...!

—No me interesa. Despídeme si quieres, pero no tengo ganas de perseguir a una esposa casquivana. Que la persiga su marido.

Carmody se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —gritó Cassie.

—Tengo un aliado —respondió Carmody.

—¿Wellman?

—Sí.

—No me gusta. Es un hampón.

—¿Crees que a mí me gusta más? ¿Piensas que ignoro la clase de individuo qué es? Pero si me ayuda a encontrar a los asesinos de Karen Kupper, no me importa lo que sea.

—Uno de los asesinos ha muerto.

—Quedan dos, Cassie.

—Sólo Galton.

—Y el hombre que dio órdenes de golpearla primero y defenestrarla después. Adiós, guapa.

—Sí, he leído los periódicos —declaró Wellman.

—¿Quién es el hombre que me seguía?

El índice de Wellman señaló un punto del diario desplegado sobre su mesa.

—Ahí lo pone —contestó.

—Vamos, vamos, no me tome por tonto. Corydon no era sino uno de los dos tipos que me seguían. A mí me interesa el que trabaja para usted.

—Carmody, usted localizó a Emil, pero no le diré el nombre de mi otro confidente. Dígame lo que desea y trataré de complacerle. Eso es todo lo que estoy dispuesto a conceder.

Carmody estudió unos instantes el rostro del hombre que tenía frente a sí. Wellman había tomado una decisión y sería inflexible.

—De acuerdo. Dígame que busque a Galton.

—Eso ya está mejor.

—Y que no me siga.

—Si se dedica a buscar a Galton, ¿cómo le va a seguir a usted?

—sonrió Wellman.

—Bien, de acuerdo. Pero no ponga a otro en el lugar de su espía. Déjeme moverme solo, sin trabas de ninguna clase.

—Carmody, alguien liquidó a Page. No me importaría en absoluto, si no fuese porque Page dejó sin cancelar cierta deuda. Hay cosas que no puedo perdonar, ¿comprende?

—Page ya no puede pagarle...

—Pero me hubiera pagado, si no lo hubiesen tirado por una ventana. A eso me refería yo, Carmody.

—Sí, vamos, usted quiere saldar la cuenta, de un modo u otro. Wellman sonrió ligeramente.

—Veo que nos entendemos, Carmody —respondió.

CAPÍTULO XI

Carmody llegó a su casa, tomó una ducha y luego se preparó un litro de café. Tomó un par de tazas, sacó un libro a continuación y se puso a leer.

A las nueve de la noche, descolgó el teléfono y marcó un número.

—Kathy Chatham —dijo una voz femenina instantes después.

—Hola, guapa —sonrió Carmody—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, magníficamente. Creo que voy a tener un buen empleo... y hasta quien me pretende...

—Te felicito, Kathy.

—Todo lo debo a ti, Buck —dijo ella.

—No te preocupes. Los amigos son para algo, me carece. Pero ya que hablamos de amigos, ¿puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras, sin límites.

—Mujer, tanto como eso... —rió Carmody—. ¿Podrías venir una semana a Nueva York?

A través del hilo, Carmody pudo apreciar el cambio de tono de la voz de Kathy.

—¿Es necesario, Buck? —preguntó la joven.

—Sí, Kathy.

—Está bien, iré.

—Sólo una semana, te lo prometo. Ah, y además, no tendrás que ver a Wellman.

—Lo que tú digas, Buck.

—Bien, en tal caso, emprende el viaje lo antes que puedas. Otra cosa, cómprate una peluca morena. Tú eres rubia, pero no te pongas la peluca hasta que yo te lo diga.

Carmody habló todavía durante unos minutos. Al terminar, Kathy dijo que estaba conforme.

—Muy probablemente, en los sitios donde tendrás que moverte,

no te conocerán, pero conviene extremar las precauciones. ¿Has comprendido?

—Sí, Buck.

—Avísame de la hora de llegada del avión, apenas hayas comprado el billete.

Carmody dejó el teléfono sobre la horquilla y continuó apaciblemente la lectura del libro. A las once y media, se metió en la cama y se durmió como un bendito.

Kathy llegó cuarenta y ocho horas más tarde al aeropuerto internacional Kennedy. Carmody la vio en la fila de pasajeros que se dirigían hacia la salida, con una liviana maleta en las manos.

Cambiaron una mirada, pero fingieron no reconocerse. Una vez despachada, aquella hermosa rubia se dirigió al tocador de señoras.

Cuando salió, el pelo era moreno. Su vestido, antes azul fuerte, era ahora blanco y muy ceñido.

—Estás desconocida —sonrió Carmody.

—¿De veras?

—Créeme, ni el propio Wellman sabría reconocerte, aunque estuviese aquí delante.

—Por favor, no me hables de ese canalla.

—Lo siento, nena.

Dos horas más tarde, entraban en un departamento agradablemente decorado. Ella lo recorrió, muy complacida.

—¿Y ahora?

—Bueno, esta tarde puedes ir al *Gallant Irish*. Ahora te daré las direcciones. Alguien se te acercará...

Carmody habló largo rato. Luego se despidió de la joven.

—Si sucediese algo, avísame —dijo.

Vestida con un ceñido traje amarillo, de enorme escote, Kathy Chatham entró en el *Gallant Irish* y buscó una mesa. Los gestos de cruzar las piernas, y enseñar un buen trozo hasta más arriba de las rodillas, ponerse un cigarrillo en los labios y sacar el encendedor eran enteramente profesionales.

Alguien acercó una llamita. Kathy prendió fuego al cigarrillo y luego despidió una larga bocanada de humo muy negro.

—Gracias —sonrió.

—¿Puedo sentarme? —dijo el hombre.

—Claro.

—Me llamo Roy Markson —se presentó el individuo.

—Kathy —contestó ella.

—Kathy... ¿qué más?

—¿Importa mucho?

—No, claro... Oye, nena, a ti no te había visto nunca por aquí...

Kathy le echó el humo a la cara.

—Quizá —dijo.

—Eres muy bonita.

—Sí, me lo dice el espejo a diario.

Markson se echó a reír.

—Y tienes un magnífico sentido del humor —añadió.

—¿Es malo tener... buen humor?

—Oh, no, todo lo contrario... Kathy, ¿tienes algún compromiso?

Ella negó con la cabeza. Sus labios estaban entreabiertos, en un gesto muy a lo Marilyn Monroe.

—No, estoy sola.

—Y necesitas compañía.

—Sólo a veces.

—Un día me gustaría hacerte compañía.

—Bueno, veremos.

—Pareces un poco... «resistente», Kathy.

—Oh, no lo creas, Roy. Es más, para que veas que soy muy amable, te invito a tomar una copa en mi departamento. Pero sólo una copa, ¿eh? No intentes propasarte... porque he estudiado karate.

Markson lanzó una risita. Dejó de sonreír cuando estuvo en el departamento de Kathy.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿Te ha entrado frío de repente?

—Oh, no, en absoluto...

Kathy dejó su bolso a un lado y llenó dos copas.

—Vamos, bebe —dijo—. Pareces un difunto.

Markson esbozó una sonrisa. Tomó un trago y pasó la vista alrededor.

—Este departamento debe de costar un ojo de la cara.

Kathy se encogió de hombros.

—No me importa —respondió.

Markson contempló durante unos momentos la copa que tenía

en las manos. Luego, lentamente, dijo:

—Kathy, si tú quisieras, yo podría ayudarte a ganar mucho dinero.

—¿Hablas en serio? —exclamó ella, vivamente interesada.

—Absolutamente en serio.

Ella se sentó en el diván y puso las piernas bajo el cuerpo.

—Empieza, Roy —invitó.

Una hora más tarde, Kathy levantó el teléfono.

—Buck, creo que ya lo tengo en el bote —dijo.

—Estupendo —contestó Carmody—. Sigue como hasta ahora.

—Roy Markson vendrá a verme mañana. Traerá... las trampas.

—Sigue dándole hilo, preciosa.

Carmody guiñó el ojo a la secretaria y avanzó hacia el despacho.

—Está muy furiosa —avisó Pamela.

—¿De veras?

—Parece un tigre hambriento...

—Tendré que usar una silla y un látigo, ¿verdad?

Pamela se echó a reír.

—No le estorbarían —dijo.

Carmody abrió la puerta del despacho. Cassie se quitó las gafas inmediatamente.

—Por fortuna, no vienes en las páginas de sucesos —dijo ella con acento cargado de ironía.

—Y, por fortuna también, no tienes una vajilla a mano, para tirármela a la cabeza. ¿Cómo va el marido burlado?

—Estoy sobre la pista —respondió Cassie.

—¿De él o de ella?

—Es un caso conjunto. Y tú, ¿has adelantado algo?

—Ya lo creo. Como que he encontrado a Wayne Galton.

Cassie saltó en su asiento.

—¿Has hablado con él? —preguntó.

—No, pero sí lo ha hecho mi delegado.

—¿Tienes un delegado...? —exclamó ella, estupefacta, entonces.

—Sí, morena, de ojos claros y con un tipo despampanante. Como tú, más o menos.

—¿A qué se dedica esa pájara, Buck?

—De momento, como digo, es mi delegado. Simplemente, tratamos de llegar al fondo del asunto. Por cierto, ¿cómo se llama el

marido burlado?

—Louis Britton, pero me imaginé que este caso no te interesaba. ¿O he soñado?

—Bueno, quizá se pueda compaginar todo. ¿Quieres cenar conmigo?

—¡Caramba, si sólo son las nueve y media de la mañana!

—Es que no vamos a cenar ahora.

Cassie le miró con recelo.

—¿Adónde quieres ir tú a parar? —preguntó.

—A un restaurante magnífico, pequeño, con buena cocina y discreto.

—Los restaurantes de esa clase engañan: presentan unas cuentas fenomenales.

—¿Para qué te han dado cinco mil dólares recientemente?

—Ah, vamos, pretendes que pague la agencia.

—Claro. Anota la cuenta del restaurante en «Gastos diversos» y ya está —sonrió Carmody.

—Hum, no me fío.

—¿Por qué?

—Adormecerás mi voluntad con los buenos manjares y los vinos exquisitos. Luego me invitarás a tomar una copa en tu apartamento y allí conseguirás abatir...

—Las murallas de la fortaleza —rió el joven—. Está bien, si tú no aceptas, no faltará otra que tenga ganas de rendir su castillo. —Carmody se inclinó hacia el interfono—. ¿Pam?

—A las siete en punto bajaré el puente levadizo —contestó la secretaria.

—¡Pam, si acepta esa invitación, considérese despedida! —gritó Cassie.

—Pero, señorita, puesto que usted no quiere, yo...

—Pam, al trabajo. Esa cena es para mí.

—A sus órdenes, almirante.

Carmody cerró el interfono.

—Te espero a las siete en la puerta de la casa —se despidió.

—Eh, ¿adónde vas ahora? —gritó Cassie.

—¿Yo? Bueno, tengo que ir a la peluquería, manicura... luego pasaré por mi sastre; también iré a la sauna y al masaje... Supongo que querrás tener a tu lado a un caballero apuesto y distinguido.

—¡Diez horas de tocador! —se escandalizó ella.

—Qué menos necesito, para llegar al fondo de tu corazón —respondió él melodramáticamente. Tiró un beso desde la puerta y se puso una mano en el pecho—. Hasta las siete, en que empezaré a estar en la gloria.

Al salir, guiñó un ojo a Pamela.

—Ha estado usted magnífica —dijo.

—¡Vamos, jefe, duro con ella; la tiene en el bote!

Cuando estaban a la mitad de la cena, se les acercó un hombre correctamente vestido.

—Cassie, qué alegría —dijo Kammer—. ¿Cómo así por aquí?

Carmody se puso en pie.

—Soy el culpable de haberla traído a este antro, señor Kammer —sonrió.

—Quiere rendir mi virtud —dijo la joven.

El abogado se echó a reír.

—¡Qué humor tan estupendo! —exclamó.

—¿No quiere sentarse con nosotros? —sugirió Carmody.

—No, gracias, estoy en una cena de negocios.

—Ah, señor Kammer —exclamó el joven—. Creo que pronto tendré buenas noticias de su cliente, el señor Britton.

—En el sentido que él desea, por supuesto.

—Así es.

Kammer se volvió hacia Cassie.

—Este muchacho trabaja rápido —dijo.

—Es un águila —rió ella.

—Bien, mejor para todos. Felicidades a los dos.

El abogado se marchó. Cassie y el joven quedaron solos nuevamente.

—Buck, todavía no he podido hacer nada en el caso Britton —se enojó ella.

—Pero yo sí —sonrió Carmody—. Anda, pégame a ese filete; está riquísimo.

—¿Has encontrado ya a la señora Britton?

—Sí.

—¿Es guapa?

—Enloquecedora.

—Entonces, ¿por qué Britton quiere divorciarse de ella?

—Porque ya ha recobrado la cordura. La señora Britton está enloqueciendo ahora a otro.

—Buck, ¿cómo esperas conseguir lo más importante de este caso? Es decir, sorprender a la señora Britton con su fulano...

Carmody miró a la joven de un modo extraño.

—Es muy sencillo —contestó—. El amante de la señora Britton soy yo.

CAPÍTULO XII

Dos días más tarde, Carmody recibió una llamada telefónica:

—Markson vendrá a las tres —dijo.

—¿Seguro?

—Garantizado. Quiere hacer unas pruebas con las cámaras.

—Tú y él.

—Sí, pero con ropa encima. Sólo son pruebas, recuérdalo.

—Ya, como en el cine. Un ensayo, ¿no?

—Exacto.

—Bien, no te preocupes, Kathy.

—Buck, recuerda: confío en ti.

—Si no estuviera seguro de protegerte, no te habría llamado.

Quédate tranquila, Kathy.

—De acuerdo.

Carmody dejó el teléfono en la horquilla. Meditó unos instantes y volvió a levantarlo, para marcar un número.

—Hola, Gene —dijo a poco.

—¿Carmody?

—El mismo.

—Buck, estoy cansándome de tantas idas y venidas. ¿Es que no ha sacado aún nada en limpio?

—Gene, ¿cree que basta con un par de palmadas, para que las cosas salgan resueltas del sombrero de copa? A usted le querría yo ver en mi lugar y ahora mismo.

—¿Por qué?

—Estoy sentado en mi casa, con los pies metidos en un barreño lleno de agua con sales. ¿Sabe lo que significa eso?

Wellman se echó a reír.

—Si un día le falta trabajo, pida un uniforme en la policía —dijo.

—Puede que lo haga. Oiga, ¿sabe que he visto a Kathy?

Carmody oyó un ruido.

—¡Ha dicho Kathy!

—Sí.

—¿Está seguro?

—Gene, ¿no era usted el que dijo que ya empezaba a olvidarla?

—Bueno, tanto como eso... ¿Dónde está?

—Se lo diré a las dos y media de la tarde, desde una cabina telefónica.

—¿Y por qué no ahora mismo? —Gruñó Wellman.

—Porque sería capaz de ir a buscarla y quiero que la entrevista tenga lugar en mi presencia.

—Oiga, estoy arrepentido...

—Se lo dirá delante de mí y ella aceptará o no sus disculpas. Procure estar junto al teléfono a las dos y media de la tarde. Adiós.

Carmody colgó antes de que Wellman pudiera añadir algo. Buscó una agenda a continuación, repasó las páginas y al fin se detuvo ante la deseada.

Momentos después, volvía a marcar otro número telefónico.

—Despacho del abogado Kammer —sonó una voz femenina.

—Soy Carmody, investigador privado. Tenga la bondad de ponerme en contacto con el señor Kammer.

—Un momento, por favor.

Pasaron algunos segundos. De pronto, Carmody oyó la voz del abogado.

—Hable, muchacho.

—Tengo noticias para usted. Esta tarde, a las tres.

—¿Se refiere a la señora Britton?

—Sí, señor.

—El caso es...

—Creí que le interesaba sorprenderla. Usted es el abogado del esposo.

—Sí, pero quizá eso pudiera perjudicarme en el juicio.

—No se preocupe, Cassie y yo estaremos delante. Señor Kammer, estimo que a su cliente le interesaría saber las cosas por una fuente directa, es decir, usted mismo. De este modo, no podrá pensar en unos informes erróneos.

—Yo confío plenamente en ustedes dos, muchacho.

—Gracias, señor, pero ¿diría lo mismo el señor Britton? En

cambio, si usted en persona...

—No se hable más, Carmody. Dígame dónde y cuándo, ¿de acuerdo?

Carmody colgó el teléfono momentos después, puso los pies sobre la mesa y las manos sobre el estómago y cerró los ojos beatíficamente.

Así lo encontró Cassie media hora más tarde.

—Bonita manera de trabajar —se quejó.

Carmody abrió el ojo izquierdo solamente.

—Estoy haciendo acopio de fuerzas —declaró.

—¿Para... el asalto a la fortaleza? —preguntó ella, maliciosa.

—Justamente —contestó Carmody.

De pronto, Cassie rodeó la mesa, hizo que él pusiera los pies en el suelo, se sentó en sus rodillas y le puso los brazos en torno al cuello.

—¿Por qué no inicias las primeras escaramuzas...? —solicitó.

Cuando Kammer se apeó de su coche, minutos antes de las tres, Carmody y Cassie ya le aguardaban junto a la acera.

—Entremos —dijo el joven.

—¿Han visto a Mabel Britton? —preguntó el abogado.

—Está arriba.

Entraron en el edificio. El ascensor les llevó a la planta decimocuarta. Carmody sacó poco después una llave.

—¿Dónde la ha conseguido? —preguntó.

—Me la dio el conserje.

—Eso no es muy legal...

—Menos legal es lo que hace la señora Britton. Silencio, por favor.

Carmody abrió la puerta sin hacer ruido. Pisando de puntillas, entraron en la casa.

Al fondo se oían voces. Carmody movió la cabeza.

—Adelante, señor Kammer —susurró.

Una mujer dijo:

—Así no me gusta, tú.

—Bueno, sólo es un ensayo...

—Te aprovechas demasiado, granuja.

Kammer irrumpió en el dormitorio.

—¡Señora Britton! —gritó.

De súbito, sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Wayne! —chilló—. ¿Qué diablos haces aquí?

Wayne Galton se levantó de la cama de un salto. Kathy hizo lo mismo y corrió a uno de los rincones de la estancia.

—Lo mismo podría decir yo, ¿no? —contestó Galton malhumorado.

Kammer se volvió hacia Carmody.

—Ésta no es la señora Britton —rezongó.

—Lo sé —contestó Carmody con plácido acento—. Señor Kammer, tengo el gusto de presentarle a Kathy Chatham, una buena amiga mía, que se ha brindado a colaborar conmigo. Kathy, te presento al abogado Kammer, autor de las órdenes de ejecución de un montón de personas, entre ellas Joyce Green, Betty Flanagan y Karen Kupper. Podemos añadir en la lista también a Vincent Page, a Tago, a Bat Chaffee...

Los puños del abogado se crisparon.

—Cassie, no sé cómo mantienes a este detestable individuo en tu oficina —exclamó.

—Le apoyo incondicionalmente —respondió la chica que allí estaba.

—Estás loca por él...

—Lo admito. Pero sé que todo lo que ha dicho es cierto.

—Yo diría más bien que es una sarta de embustes, difícil de tragar incluso por el más estúpido.

—Sí, sobre todo, considerando que Corydon se llevó todas las fotografías y la lista de nombres que había reunido Karen. Señor Kammer, ¿cuándo se le ocurrió la idea de hacerse con este suculento negocio?

Kammer frunció el entrecejo.

—Una de esas zorras quiso chantajearme un día —contestó—. De momento, acepté. Luego empecé a investigar. Quería desquitarme de ella.

—Pero acabó pensando que, convirtiéndose en el amo de ese círculo de vicio creado por Page, podía obtener unos suculentos beneficios, ¿no es así?

—Daba dinero —admitió Kammer fríamente—. Aunque últimamente, había tenido algunas bajas en la organización.

—Son las chicas a las que yo convencí para que abandonaran

Nueva York. Si había alguien que quería matarlas, estarían más seguras fuera. ¿Por qué murieron Joyce y Betty? —preguntó Carmody.

—Vincent me estafaba y yo quería conseguir el control absoluto. Pero tenía la impresión de que algunas de ellas eran un tanto independientes. Era preciso dar un escarmiento... y que resultase un aviso para las demás.

—Señor Kammer, es usted absolutamente despreciable —dijo Cassie con gran vehemencia—. La suerte que tiene es que la silla eléctrica ya no se usa.

Kammer rió desdeñosamente.

—Para procesarme, por lo menos, hacen falta algunas pruebas y no las hay —contestó—. Carmody, usted es abogado y sabe lo que digo.

—Es cierto —respondió tranquilamente el interpelado—. Pero tal vez aparezcan las pruebas suficientes para, cuando menos, iniciar una investigación. Usted es también abogado y debe de saber que la policía trata de encontrar al autor de todas estas muertes.

—¿Y en qué pruebas se piensa basar para solicitar la investigación preliminar?

—Esto es un juego y no pienso descubrir mis cartas sino hasta el último instante.

De pronto, Galton se acercó a Kammer y cuchicheó algo a su oído. Kammer alargó la mano.

—Deme la grabadora —pidió.

Carmody extendió los brazos.

—Regístreme —contestó.

Galton se acercó y sacó de su bolsillo interior un paquete de forma oblonga y relativamente delgado. Quitó la envoltura y lanzó un rugido.

—¡Es un libro!

—Claro, me gusta instruirme —sonrió el joven.

—Tendremos que registrar esto bien, jefe —dijo Galton—. Hemos caído en una trampa y es muy posible que la grabadora esté en otra parte.

—Sí, haremos el registro —convino pensativamente el abogado. De pronto, pareció recordar algo—. Carmody, ¿cómo llegó a sospechar de mí?

—Podría decir que recelé que nos quisiera apartar de esta investigación, encargándonos buscar las pruebas de la infidelidad de la señora Britton. Pero, aunque era un motivo más, el principal fueron las fotografías y la lista de nombres que encontramos en casa de Karen, en cuya lista, claro está, figuraba su nombre.

—¡Pero no había fotografías! —protestó el abogado.

—Por eso mismo.

Sobrevino un instante de silencio. Al fin, Kammer sonrió.

—Sí, es cierto, no había fotografías cuando yo visitaba a Karen.

Pero era muy astuta y...

De pronto, se oyeron voces en el salón.

—¡Kathy, Kathy! —gritó alguien.

Carmody hizo una seña a la interpelada, quien se escondió en el cuarto de baño. Galton se encaminó hacia el salón.

De pronto, estallaron varios disparos.

Dos hombres gritaron. Cassie, precavida, se tiró al suelo y reptó para esconderse bajo la cama.

Carmody saltó al otro lado de la puerta. Kammer, un poco aturdido, sacó una pistola.

Alguien llegó como un tifón al dormitorio. Kammer disparó.

—¡Tú, maldito...! —gritó Wellman.

Su pistola detonó tres veces. Kammer chilló, giró sobre sí mismo y rodó sobre la alfombra.

En el mismo instante, Wellman sintió un violentísimo golpe en la muñeca. El arma saltó de sus dedos, repentinamente sin fuerza, y cayó al suelo.

Wellman se volvió. Un puño golpeó su mandíbula con dureza.

El hampón cayó de espaldas, aturdido, aunque sin haber perdido el conocimiento por completo. Cassie asomó la cabeza por debajo de la cama.

—Habrás que llamar a la policía —sonrió él.

Cassie reaccionó, salió de su escondite y corrió hacia el salón. De súbito, lanzó un chillido:

—¡Buck, hay dos hombres muertos!

—¡Llama a la policía! —insistió él.

Wellman se sentó en el suelo. Carmody le miró con dureza.

—Tenía ganas de atraparlo —dijo—. Hasta ahora, muchas de sus tropelías, por no decir todas, quedaron impunes. Esta vez, no podrá

librarse de ir a la cárcel, con veinticinco o treinta años sobre las costillas.

Los ojos de Wellman tenían un velo turbio. Cassie regresó al dormitorio.

—Ya vienen, Buck —informó.

Carmody sacó un pañuelo y envolvió la pistola que había usado Wellman.

—Prueba número uno —sonrió.

El avión corrió por la pista y se elevó en el aire. Carmody suspiró.

—Bueno, ahí va una chica que ha encontrado al fin su felicidad —dijo, aludiendo a Kathy Chatham.

Cassie estaba a su lado.

—Ha sido una buena ayuda, en efecto —convino—. ¿Admitirá la policía nuestros argumentos? —preguntó de súbito.

—Realmente, no hay pruebas concretas, salvo el hecho de que Wellman mató a Kammer. Pero en el fondo, era una lucha entre dos potencias enemigas, por conseguir el control de ese círculo de vicio.

—Entonces, por eso se enfureció Wellman.

—Y porque suponía que Kammer había ido a visitar a Kathy con los fines que te puedes imaginar. Los celos le derrotaron.

Cassie miró al joven y sonrió.

—¿Sabías que podía ocurrir eso? —preguntó.

—Ocurrió, ¿no?

—Fue una jugada demasiado arriesgada, Buck.

—Cassie, Wellman era, es, tan repugnante individuo como lo fue Kammer. Las chicas sometidas a su férula no lo hubieran pasado demasiado bien. Incluso peor que con Kammer. Por otra parte, Wellman es un tipo muy astuto y dejaba que Kammer cargase con los trabajos más sucios. En el momento oportuno, habría surgido él, quedándose con el círculo por diez centavos, como suele decirse.

—Sí, voy entendiendo.

—Wayne Galton, alias Roy Markson, era el hombre de confianza de Kammer, junto con Corydon. Cuando Wayne salió del dormitorio, se encontró con Jack Shall. Los dos se mataron mutuamente. Shall era el espía de Wellman y también uno de sus pistoleros más conspicuos.

—Pero Wellman te daba información...

—De este modo, adormecía posibles sospechas hacia él y, además, yo trabajaba gratuitamente en su favor. Un tipo listo, Cassie.

—No me cabe la menor duda —sonrió ella—. Buck, tenemos pendiente el asunto Britton.

—¡Que se ocupe el esposo! —contestó Carmody bruscamente—. Nosotros tenemos algo mejor que hacer.

—¿Puedo saber qué es?

Carmody agarró por un brazo a la joven y la empujó hacia la salida del aeropuerto.

—Vamos a pedir una licencia de matrimonio —contestó.

—Buck, ¿estás seguro de que yo...?

—Si no lo estuviera, no te lo propondría. Cassie, es hora ya de que dejemos de pelearnos.

—El marido y la mujer se pelean —dijo ella maliciosamente.

—Pero se reconcilian enseguida. Y de una forma muy agradable.

Cassie se paró y le dirigió una intensa mirada.

—¿Cómo se reconcilian los esposos, Buck? —preguntó.

Carmody la agarró por la cintura y se inclinó para besarla.

—Así —respondió.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

**el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de**

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

